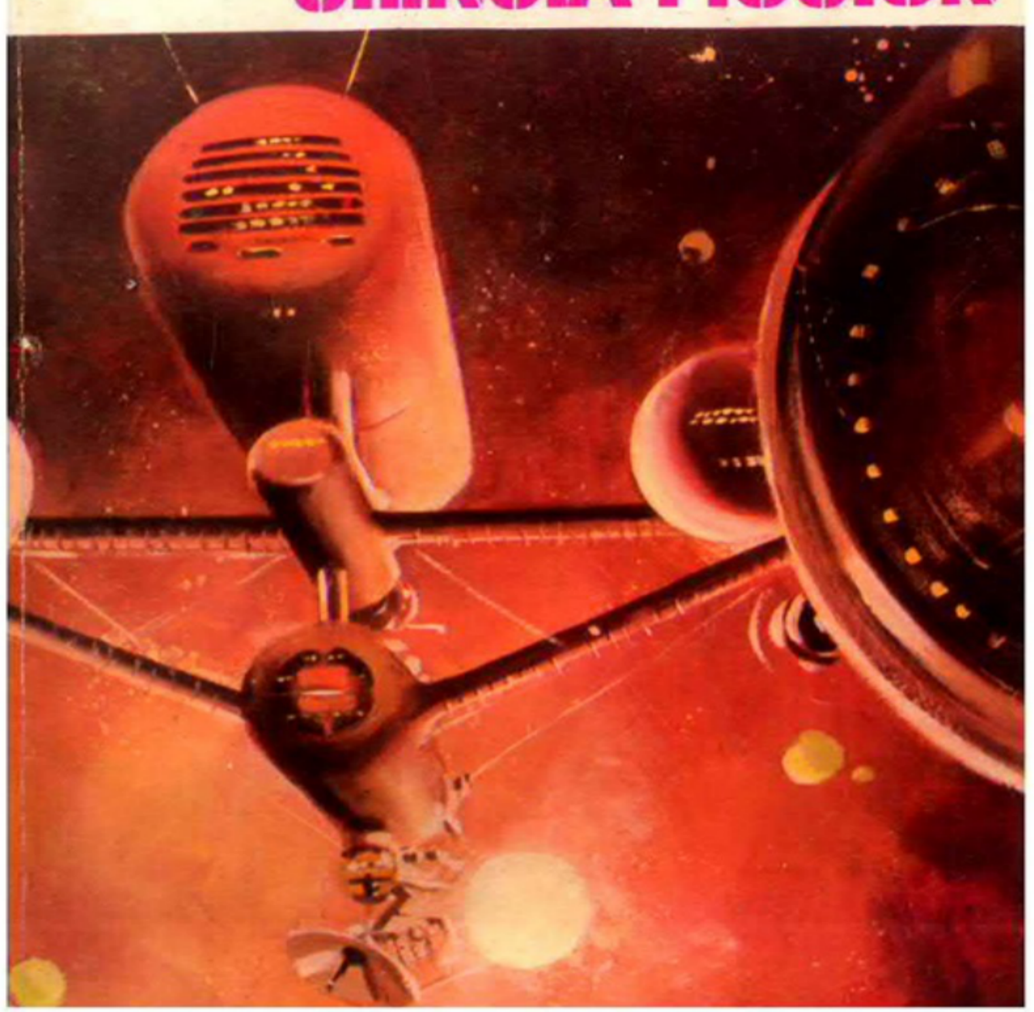
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL PODER DE LOS ROBIONICOS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION




LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

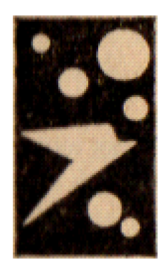
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

378 – El 32 de Diciembre, *Curtis Garland*.
379 – Energía total, *Clark Carrados*.
380 – Los hermafroditas, *Ralph Barby*.
381 – «Ellos» en nuestro planeta, *Glenn Parrish*.
382 – Yo, Lázaro, *Curtis Garland*.

RALPH BARBY

EL PODER DE LOS ROBIÓNICOS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 383
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 38. 317 - 1977

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

Ara trataba de mantenerse quieta en su catre; sin embargo, tenía los nervios en una gran tensión, a punto de saltar. Temía que sus piernas o brazos se movieran solos, lo mismo que se movían algunos de los músculos de su bello y juvenil cuerpo.

Ara era una sierva, una de tantas y tantas siervas del imperio planetario de los Élite.

El barracón, construido en aséptico hormigón, acero y cristal, contenía a cien siervas; pero había otros barracones como aquél en la granja de reproducción del imperio planetario de los Élite.

La joven, de suave piel blanca, ojos azulados, nariz griega y mentón ligeramente redondeado aunque bien perfilado, de preciosa cabellera rubia, pechos altos y grandes, cintura estrecha y caderas justamente anchas para poder convertirse en una excelente parturienta, miró a su alrededor sin apenas mover la cabeza a un lado y a otro. Pese a la escasa luz ambiental, pudo ver a las restantes muchachas de la misma edad que ella que aguardaban su destino, algunas nerviosas, otras resignadas. En cambio, otras encontraban la situación natural porque desde muy pequeñas se les había dicho que las mujeres destinadas a la granja de reproducción eran las mejor tratadas, las que mejor se alimentaban. No efectuaban trabajos rudos ni pesados e incluso engordaban.

Lo malo era que su promedio de vida se veía reducido ostensiblemente. Las que conseguían dar los veinte hijos en veinte años, si es que no daban a luz trillizos, eran luego trasladadas a granjas de mantenimiento y el trabajo les resultaba entonces agotador, ya que no se las había preparado para trabajar durante los años y años de consecutivos partos que habían ido envejeciendo, agotando su cuerpo con los exhaustivos alumbramientos. Lo cierto era que muchas se consumían antes y desaparecían de la granja de reproducción sin que se volviera a saber de ellas.

Ara se rebelaba contra, aquella manipulación de los seres humanos, considerados siervos del imperio planetario de los Élite.

Ara, al borde de la fuga, era consciente de que si la capturaban en el momento de la huida, sufrirla castigo de tortura en lugar público: después, si lo resistía, sería enviada a las minas de sal.

Sabía a lo que se exponía, pero no estaba dispuesta a resignarse. Era una rebelde. En más de una ocasión había sufrido castigos por transgredir las reglas que la sometían a ella y a todas las siervas y siervos, a todos los niños y niñas siervos.

Según el lugar por donde había pasado, las reglas habían tenido

algunas variaciones por adaptación al medio en que debía desenvolverse. Recordaba la granja de niños. En ella había comenzado a darse cuenta de que existía, de que era un ser vivo, de que pensaba, de que podía reír y llorar y sus ojos, a partir de entonces, se dirigieron hacia las alambradas o los altos muros que la cercaban.

Ella era una niña de granja como todas las otras niñas en aquel mundo maldito en que naciera y no sabía quién era su madre y muchísimo menos podía saber quién fue su padre, pues en la granja de reproducción se practicaba la inseminación artificial como en cualquier granja de animales domésticos.

Bancos de semen científicamente escogido y seleccionado, tras severísimos controles, eran los padres de todos aquellos niños destinados a ser siervos toda la vida, dependiendo de sus aptitudes físicas los lugares adonde se les destinara. Y todo aquello no era lo más grave, lo peor era el control de crecimiento de los niños y niñas. Tras muchos controles, se les iba seleccionando.

Las niñas que no se consideraban aptas por sus condiciones físicas o porque simplemente no eran necesarias, eran llevadas a los quirófanos electrónicos. Allí, mediante la aplicación de un casco de electrodos, se actuaba sobre su glándula hipófisis y se las condenaba a una determinada estatura, convirtiéndolas en enanas para trabajar en minas u otros servicios.

Obvio era decir que también resultaban esterilizadas y lo mismo sucedía con los hombres. Había enanos y también gigantes para los trabajos pesados, pero éstos eran realmente bueyes, hombres con mucha fuerza y ninguna rebeldía. Sus cerebros habían sido manipulados por los cascos de electrodos. Más que siervos como se les llamaba, en realidad eran esclavos aunque no llevaran cadenas, manipulados sus cuerpos y sus cerebros como si fueran animales de granja.

Unos enanos y otros gigantes, muy pocos sementales y luego, las siervas para la reproducción, para que no se interrumpiera el ciclo constante.

Ara había decidido escapar hacia las grandes selvas costara lo que costase.

Por simple razonamiento, la joven se negaba a ser manipulada como un animal según los intereses de los dominantes del imperio de los Élite. Ya no se trataba sólo de sí misma, sino de los hijos que ella terminaría alumbrando quisiera o no, más esclavos para servir y ser manipulados monstruosamente por los Élite a través de los robiónicos.

Los robiónicos eran los seres más peligrosos y aborrecibles. No eran ni siquiera humanos, eran robots biónicos que efectuaban el servicio de policía, control y manipulación en los quirófanos.

Aquellos monstruos de acero y plástico, con seres microscópicos metidos en cajas y que formaban su sistema mixto de electrónico y biología, eran casi humanoides que no traicionarían jamás a sus amos los Élite.

Todo se confundía en la mente de Ara mientras aguardaba el momento oportuno, el momento acordado para la fuga porque no huiría sola. Cuatro muchachas de las destinadas a la granja de reproducción habían resuelto escapar también; las demás preferían no meterse en líos, se acomodaban al sistema y se convertirían en verdaderas conejas fecundadas artificialmente una y otra vez, repitiendo el ciclo hasta el agotamiento del cuerpo femenino, y aquellas desgraciadas se conformaban con semejante sistema.

—Ara, Ara, Ara...

Una voz la interpelaba bajito. Había llegado el instante crucial, lo que sucediera después ya era imprevisible. Podían morir en la huida de la granja, mas preferible era la muerte que seguir allí dentro, pariendo futuros esclavos para los Elite.

Las cuatro muchachas se deslizaron de sus respectivos catres hacia el suelo. Vestían el blusón reglamentario y nada más. Toda su vida habían vestido blusones, sólo habían variado los tamaños y sus colores, pues según el lugar por donde pasaran, les había correspondido un color u otro, siempre colores vivos e identificares a distancia por el gran ojo visor de los robiónicos, aquellos seres sin sentimientos que sólo ejecutaban órdenes. Jamás podrían pensar por sí mismos.

Todas las muchachas del barracón habían pasado aquel mismo día los últimos exámenes. A la mañana siguiente deberían ser trasladadas a las secciones de fecundación, no podían esperar otra noche.

Una de las compañeras había conseguido ponerse de acuerdo con una de las siervas obreras, también rebelde a aquel sistema de esclavitud, y estaría aguardando para ayudarlas, si es que lograban llegar a lo alto de la torreta de observación.

Las cuatro jóvenes que se exponían a ser atrapadas y torturadas públicamente, reptaron por debajo de los catres.

La amplia nave de altas ventanas sólo tenía una puerta de salida y el aseo. El robiónico de vigilancia permanecería atento junto a la puerta de entrada, montando su acostumbrada vigilancia para impedir que ninguna pudiera salir.

Las muchachas lo ignoraban, pero aquellos seres monstruosos, mezcla de electrónica y biología, además de un sistema de visión parecido al humano, poseían la gama de infrarrojos y era difícil que ni aun en la más completa oscuridad se le pudiera escapar una de aquellas siervas adolescentes que serían convertidas en mujeres posiblemente al día siguiente.

Llegaron al aseo sin levantarse, pegadas al suelo, sin hacer ruido, conteniendo la respiración. El robiónico de vigilancia no debía detectar su entrada en el aseo comunitario, porque luego podría entrar en marcha su sistema de control al pasar los minutos y comprobar que las chicas no salían del aseo. Iría a comprobar qué ocurría y si no las encontraba daría la señal de alarma.

Las cuatro muchachas consiguieron llegar al aseo sin ser detectadas. Su nerviosismo era evidente. Se acercaron a uno de los rincones y una de las jóvenes se pegó con las manos a la pared para asegurarse bien, abriendo ligeramente las piernas. Otra se le subió a los hombros, pegando también sus manos a la pared. La tercera hizo lo mismo y Ara fue la cuarta que ascendió hacia el techo.

Abajo, sus compañeras vacilaban. El peso era mucho y las piernas ya se doblaban.

Ara abrió una trampilla y pasó al entretecho. Se introdujo en él y reapareció con una cuerda a la que se agarraron sus compañeras. Por ella treparon a lo alto y al fin, la trampilla se cerró.

Las cuatro muchachas, a oscuras y encorvadas, caminaron por el entretecho. Se dieron golpes, pero no hubo quejas, en voz alta. Las respiraciones eran agitadas y sus pechos se hinchaban en busca de aire.

Al fin, llegaron al respiradero que daba al tejado. Salieron por él y llevando consigo aquel rollo de cuerda con un grueso aro de acero cogido en uno de los cabos, salieron gateando por encima del tejado de acero plástico, dirigiéndose hacia la torreta de observación adosada al edificio en que ellas estaban confinadas.

Las fugitivas consiguieron llegar a la pared de la torreta. Exteriormente había unos agarraderos de acero incrustados en el hormigón y por ellos comenzaron a trepar sigilosamente, porque sabían que dentro de la torreta podía haber uno de los robiónicos de vigilancia. Aquellos seres eran tan iguales unos a otros que sólo podían identificarse por el número impreso en sus caparazones de acero aleado, aunque en sus respectivas memorias artificiales había sustancias diferentes, ya que cada uno de ellos tenía misiones distintas que desempeñar.

Ara fue la primera en llegar a las ventanas de la torreta y se apresuró a decir a sus compañeras de fuga:

—¡No hay vigilantes, vamos, aprisa!

Treparon a lo más alto de la torre con riesgo de caer al vacío y una vez arriba, se miraron entre sí, algo indecisas. Desde aquella altura, casi dominaban la mitad de la granja de reproducción, los otros barracones, los muros. Al otro lado quedaba la selva con su lujuriosa feracidad vegetal.

—¿Y ahora? —preguntó una de las chicas.

—Hay que lanzar la cuerda por encima del muro y dejar atado aquí uno de los cabos —explicó Diana.

—El muro está muy lejos —objetó Jora, asustada.

Bajo ellas, a unos siete u ocho metros, se hallaba el tejado del alto barracón. Después, otra vez el vacío y más allá, el muro que circundaba toda la granja, un muro inaccesible para las confinadas. No había forma de escalarlo, era hormigón del más fino y revestido con capa de siliconas, lo que le hacía altamente deslizante.

—Ara, lanza tú la cuerda —le propuso Deborah.

—¿Yo, por qué yo?

—Tú eres quien mejor lo hará —insistió Deborah.

Las otras dos compañeras asintieron. Ara se decidió y mirando hacia el muro, preguntó:

—¿Es en dirección a aquel árbol?

Deborah, la joven que había establecido contacto con una de las siervas obreras, que era la que les había preparado aquella cuerda y parecía dispuesta a seguir ayudándolas, asintió:

—Sí, hacia aquel árbol.

Ara tomó la cuerda con el extremo lastrado por el aro de acero.

Comenzó a voltearlo por encima de su cabeza, haciendo el círculo cada vez más grande. Soltó soga hasta que en un momento dado, la cuerda, por la fuerza centrífuga, salió disparada hacia el muro. Todas contuvieron la respiración. No podían ver el extremo de la cuerda debido a la escasa luz de la noche.

Agarradas como podían a lo alto de la torreta, aguardaron impacientes, esperando que la suerte las acompañara. Todo parecía normal en la granja…

De pronto, la cuerda comenzó a ponerse tensa. Las cuatro muchachas se miraron nerviosas, excitadas.

—Deborah, Huma está ahí.

—¿Huma? —preguntó Ara.

—Sí —ratificó Deborah—. ¿La conoces?

—La conocí. Estuvimos juntas en la granja de infancia hasta que después de unos controles nos separaron. Yo fui escogida para la reproducción y ella, por lo visto, para sierva obrera.

—Vamos, hay que arriesgarse —apremió Jora.

—Yo tengo miedo —confesó llana.

—¿No cederá la cuerda? —inquirió Jora, viendo que al cogerse a ella se balanceaba mucho.

—Estoy segura de que Hilma la habrá sujetado bien al árbol —indicó Deborah.

—Yo seré la primera —dijo Ara—. Prefiero morir que quedarme aquí para dar a luz más esclavos.

Ara se cogió a la cuerda de pies y manos y quedó suspendida en el

vacío boca arriba. De esta forma comenzó a deslizarse por la soga, avanzando metro a metro, alejándose de la torre de control. Quedó en el aire mientras sus pies y manos le ardían, corriendo el riesgo de precipitarse contra el suelo.

Ara no quiso mirar hacia abajo y continuó deslizándose por la cuerda, que se bamboleaba. Llegó al muro y pasó por encima de él, rozándolo.

La tal Hilma había atado la cuerda a la rama más gruesa de aquel frondoso y añoso árbol que cerca del muro se elevaba por encima del mismo, aunque sus ramas más próximas habían sido taladas para que a través de él no se pudiera subir al muro de la granja. Era sabido que algunos siervos habían escapado a lo largo de años y vivían en la jungla, como fieras. De cuando en cuando, los patrulleros de los robiónicos realizaban batidas y capturaban a algunos de los fugitivos, que eran torturados públicamente, en muchos casos hasta la muerte.

Ara consiguió llegar hasta el árbol y unas manos rudas la sujetaron ayudándola a incorporarse sobre el árbol.

—Ya estás a salvo.

Ara miró a la sierva obrera y no la reconoció, pese a haber sido compañeras en la granja de infancia.

—¿Tú eres Hilma?

La sierva obrera era una enana, pero enana en contra de su voluntad, incluso en contra de su crecimiento natural. Había sufrido la colocación del casco de electrodos que había alterado su glándula hipófisis, cortando su crecimiento en altura. Los ojos se le habían hecho grandes y redondos, su cabello era corto y rizado. Se había convertido en un ser asexuado, un pequeño monstruo creado para trabajar en las más duras condiciones.

De pronto, fue como si Hilma cobrara conciencia de su fealdad, impuesta por el imperio de los Fute, frente a la belleza de Ara, que había sido destinada a la reproducción como hembra perfecta.

—¿Vienen ya las otras? —preguntó Hilma para no responder, como si quisiera guardar para sí su propia identidad de la que no podía sentirse orgullosa.

La cuerda se tensó de nuevo y no tardó en aparecer Deborah por encima del muro. Cuando quedó cogida al árbol, se le saltaron las lágrimas del escozor producido por sus manos desolladas.

—Hay que darse prisa —apremió la enana Hilma, que contrastaba en gran manera con las otras mujeres, todas ellas de edad semejante.

Las muchachas fugitivas no terminaban de creerse que ya estuvieran al otro lado del muro de la granja. De pronto, se escuchó un ruido sordo, lejano y la cuerda quedó fláccida.

—Ha caído, nada podemos hacer por ella. Huyamos, pronto descubrirán la fuga y saldrán a cazarnos.

—¿Habrá muerto Itana? —preguntó Jora, temblando ostensiblemente.

—Es lo más seguro —sentenció Hilma.

Monstruosamente transformada, no podía sentir pena por la mujer hermosa.

Itana había caído de la soga y por suerte para sus compañeras, no había gritado. Su cuerpo yacía ahora, reventado, sangrante, en el patio de la granja mientras las otras siervas huían a través de la jungla.

Los vigilantes robiónicos no tardarían en acudir al patio para buscar la motivación del ruido que habían captado, producido por la caída del hermoso cuerpo de una chica destinada a la reproducción.

CAPITULO II

Los controles luminosos pasaron del rojo al verde.

Los tres astronautas ya habían abierto los ojos, pero aguardaban todavía dentro de sus cápsulas de acero y cristal en las que fueran hipercryogenizados para que sus cuerpos no envejecieran en el larguísimo viaje de siglos a través de las estrellas.

A la nave Orestes242 se le había encomendado una misión: Explorar un macro asteroide errante de gran magnetismo. La misión estaba cumplida y regresaban al planeta Tierra.

La computadora de a bordo había recibido los datos precisos para establecer las coordenadas que eran la clave para activar el sistema de deshipercryogenización. Todo marchaba perfectamente y los tres astronautas voluntarios (porque debían ser voluntarios para acometer una misión como aquélla, en la que quedarían desenraizados de su generación para investigar el macroasteroide errante) sabían muy bien que a su regreso a la Tierra habrían transcurrido siglos, siglos que ellos habían permanecido a temperatura súper baja. De su cuerpo habían extraído la sangre y por las venas había circulado un líquido aceitoso que al congelarse no rompía los tejidos, como hubiera ocurrido al congelarse la sangre.

El capitán Xaloy y los tenientes Donato y Cirus, respectivamente, aguardaban a que sus cámaras se abrieran de forma automática, tras conectarse las luces verdes. Después, como si sólo hubieran echado un sueñecito, saltarían fuera, cuando habían pasado siglos de tiempo terrestre metidos en las cápsulas de cryogenización.

Se escucharon unos chasquidos y las cápsulas se abrieron al mismo tiempo. Los tres hombres se incorporaron y saltaron al suelo. Se sentían débiles. Los tres se miraron y el primero en sonreír abiertamente fue el alto y musculado negro teniente Cirus.

—¡Esto ha funcionado!

—Sí, eso parece —admitió el capitán Xaloy, comandante en jefe de la nave y de la misión. Mirando al otro teniente, dijo—: Donato, tendrás que comprobar si el sistema de telecomunicación funciona y si vamos enviando ya mensajes de aproximación. Hay que tener en cuenta que la generación con la que nos vamos a encontrar nada sabrá de nosotros. Deberá revisar los archivos de sus computadoras para averiguar si somos seres extraños o realmente terrícolas llegados del pasado tras cumplir una misión.

—Ahora voy a comprobarlo, Xaloy —respondió el teniente Donato.

Entre ellos y por ser tan sólo tres los tripulantes de la nave

espacial, se habían apeado los tratamientos jerárquicos a petición del propio Xaloy, un astronauta alto como el mismísimo Cirus, aunque más delgado que el negro.

Xaloy tenía el cabello rubio, que le había crecido en gran, manera, espeso y con reflejos áureos. Sus ojos eran de un azul verdoso y su mentón, duro y acusado, un mentón resolutivo.

—Creo que lo bueno será comer. Yo estoy que me desmayo, después de ayunar durante siglos.

—Despacio, Cirus, despacio. Si comieras ahora de buenas a primeras, tu estómago saltaría hecho pedazos. Debemos seguir las instrucciones hasta que nuestro estómago vuelva a ser el de antes, y en menos de veinticuatro horas lo conseguiremos.

—Va a costarme un gran esfuerzo seguir esas órdenes, pero te juro que me comía un bistec a la tejana que me ponía morado.

—Y yo también, Cirus, yo también, pero hay que tomarse esas cápsulas lubricantes del estómago para qué luego podamos digerir la carne. Vamos.

Se acercaron al puente. Donato se colocó unos auriculares mientras el capitán Xaloy pulsaba un botón. Electrónicamente, se abrió el panel protector del gran ventanal panorámico que poseía la nave encima del morro cónico, pues era una nave aerodinámica para poder volar por el interior de las atmósferas de los planetas, tanto de la atmósfera terrestre como de otros planetas que pudieran visitar.

—¡Ahí la tenemos! —exclamó Xaloy, al divisar la redondez del planeta Tierra.

—¡Volvemos a vernos, mami Tierra! —sonrió el teniente Cirus.

—Nuestra nave está emitiendo con regularidad el mensaje grabado —advirtió el teniente Donato, más bajo y ancho de espaldas.

Era un hombre fuerte como sus compañeros, aunque daba la sensación de estar más gordo. Mas, no era una obesidad grasienta sino su tipo morfológico, de piernas más bien cortas pero ancho de hombros, con amplia caja torácica, cuellicorto y de cabello muy oscuro y ensortijado. Era un mediterráneo puro.

La nave, en forma intermitente pero constante, iba dando su nombre, posición y la identidad de su comandante. También pedía respuesta y permiso para posarse en el astródromo.

Dentro de la gran maravilla que significaba aquel viaje que les había llevado a los confines del Sistema Solar, todo estaba resultando tan lógico como normal, como si sólo hubieran partido para dar unas vueltas alrededor de la Luna, algo carente de importancia.

—¡Xaloy!

—¿Qué sucede, Donato?

—No responden.

—¿No hay ninguna emisión por parte de la Tierra?

—No, nada, están en silencio total.
—Es muy raro. En el último congreso planetario se tomó la decisión de conservar los sistemas ordinarios de telecomunicación, aunque se inventaran otros muy superiores. Estos últimos serían empleados normalmente, pero los sistemas que nosotros llevamos en nuestra nave subsistirían.
—Pues no contestan.
—Cirus...
—Sí, Xaloy. Veré si los circuitos de recepción funcionan bien. Podría ser que tuviéramos alguna avería ignorada en la antena.
—Sí, podría ser. Averígualo, Cirus —le pidió Xaloy, mientras él pulsaba diversos botones. En la pantalla de control aparecieron unas cifras a las que dio lectura.
—Dentro de cinco horas quince minutos diez segundos entraremos en órbita terrestre.
—Ya tengo ganas de volver a casa. Xaloy —suspiró Donato—. ¿Habrán cambiado mucho las mujeres?
—No creo, Donato. Entre la Venus de Milo y la Marilyn Monroe pasaron milenios y pocas cosas cambiaron entré ambas.
—Esperemos que así sea y también que las mujeres no hayan evolucionado en exceso y nos tomen a nosotros algo así como por subnormales.
—Pudiera ser. Hay que tener en cuenta que mientras nosotros estábamos hipercryogenizados, ellas podían estar estudiando con sistemas de memorización artificial.
—Cuando nosotros partimos de la Tierra ya se hablaba del sistema de inocular datos culturales en las memorias de los seres humanos a base de inyecciones intercraneanas, un sistema ultrarrápido para convertirse en científico. Un día de descanso y luego en la sesera todo un centro mnemotécnico.
—No iría mal que hubieran perfeccionado ese sistema.
—¿Por qué, Xaloy?
—Pues, porque con darnos una inyección de memoria en un día o dos estaríamos a la par con los seres con los que nos vamos a encontrar y ya nada nos sorprendería. Hay que tener en cuenta que ellos habrán evolucionado y la ciencia evoluciona con proporciones geométricas.
—Xaloy...
—¿Qué, Cirus, has descubierto algo?
—Todo funciona bien. Si hay algo extraño no aparece en los controles.
—Vaya, tiene que pasar algo. Aunque empleen nuevos sistemas de telecomunicación se pondrán en contacto con nosotros de alguna forma al detectarnos.

Revisaron circuitos e insistieron en las llamadas en diferentes ondas, mas siempre el impenetrable silencio del espacio como, respuesta.

El capitán Xaloy comentó pensativo:

—Es muy raro, ni siquiera contestan de las colonias de la Luna, Marte y Venus. No hay respuesta de parte alguna, es como si todo estuviera muerto.

—No lo está, Xaloy, no lo está —objetó Cirus, que se hallaba frente a un panel de telecaptación de datos.

—¿Hay vida en la Tierra, no ha ocurrido ningún cataclismo?

—No lo sabremos hasta aterrizar, pero sí hay vida, el detector de infrarrojos así lo señala. Hay vida vegetal y animal y dentro de la animal, acuática y terrestre.

—¿Puedes captar los focos de calor que emiten las ciudades, Cirus?

—Sí, hay focos de calor, aunque parece que mucho más pequeños que los correspondientes a las megalópolis que dejamos cuando partimos de la Tierra. Nueva York, Los Ángeles, Londres o París, ahora son pequeños focos.

—Pueden haberse dado cuenta de que las megalópolis no son lo más idóneo para vivir. Se habían convertido en verdaderos nidales donde reinaba el caos en vez del orden —gruñó Donato.

—No tardaremos en ver de qué forma ha evolucionado la vida social terrestre. Contábamos con esto, tenía que haber una evolución mientras nos hallábamos en misión por el espacio. Regresamos como extraños sujetos venidos del pasado, casi como alienígenas, con el gran inconveniente de que nuestra ciencia va a quedar ridícula frente a la que posean los actuales habitantes de la Tierra.

—Es posible que la evolución llegara a un tope y se estancara. Es una posibilidad que ya se ha producido varias veces a lo largo de la historia de las civilizaciones terrestres —observó Donato.

—Sí —admitió Xaloy—, pero hay que estar preparados para enfrentarnos a lo más sorprendente, a lo menos imaginado. Todo va a ser una sorpresa para nosotros a partir de ahora.

—Qué bueno que a nosotros no nos espera ninguna chica —objetó Donato, deseando romper la tensión que se creaba a bordo de la nave espacial a medida que se aproximaban al Planeta Azul—. Así podremos escoger la que más nos convenga al llegar abajo y, quién sabe, a lo mejor la religión mormónica ha prosperado y con las antiguas costumbres de que cada hombre puede tener las mujeres que quiera.

—A este Donato yo lo encerraría con una docenita de ninfómanas; veríamos luego qué chistes nos contaba —observó Cirus.

—Serían unos chistes con muchas lágrimas —añadió

Xaloy.

—Quién sabe. Con los siglos de continencia que he pasado metido en ese tubo de hipercryogenización, a lo mejor, a lo mejor...

—Mientras no te haya ocurrido lo contrario —rezongó Cirus—. A lo peor te has quedado seco.

—Oye, tú, no gastes bromas de esa clase.

—Vamos, que ahora estarás inquieto hasta que compruebes que no estás seco, ¿no es eso?

—Bueno, muchachos, menos bromas y preparados para entrar en órbita terrestre.

—Xaloy —interpeló Cirus—, ya que no responden, ¿por qué no descendemos directamente al astródromo de Brasilia?

—Daremos un par de vueltas a la Tierra cuando menos. Pudiera ser que el astródromo ya no existiera. No podemos aventurarnos a intentar aterrizar en un lugar que ahora quizá sea totalmente desconocido para nosotros.

—Prepararé la telecámara y observaremos bien lo que hay en el planeta, ya que nadie contesta a nuestra llamada —dijo Cirus.

La telecámara que llevaban a bordo no era muy grande, pero sí suficiente y eficaz. No tardarían en ver en pantalla lo que había abajo sobre la superficie de la Tierra de la que tanto tiempo habían permanecido ausentes. Varias generaciones humanas habían pasado desde que ellos partieran un día lejano, casi perdido en siglos atrás, aunque por sus cuerpos sólo pareciera haber transcurrido un año.

Xaloy no quería darlo a entender, pero estaba preocupado. La ausencia de respuesta a sus constantes llamadas le inquietaba. ¿De qué habría servido aquel viaje hacia el futuro para investigar un asteroide magnético que, según habían establecido los científicos, un día todavía lejano podía acercarse al planeta Tierra y perturbar todos los sistemas de comunicación, si a su regreso a la Tierra no había nadie para interesarse por esos resultados que a ellos les había costado nada más y nada menos que desarraigarse de sus contemporáneos para lanzarse al futuro y enfrentarse luego a descendientes?

Todo era una incógnita para los tres astronautas. Más que regresar al planeta Tierra, de donde habían partido, parecía que arribaban a un planeta desconocido en el que tuvieran que desentrañar todos los misterios.

—¿Se habrán olvidado de nosotros? —preguntó de súbito el teniente Donato, mirando primero a Xaloy, su comandante, y luego al alto negro teniente Cirus.

Este, casi siempre de buen humor y hasta zumbón cuando podía, replicó:

—Estaremos en alguna ficha de una computadora en desguace,

compañero, una ficha en la chatarra...

—Espero que no se hayan olvidado —arguyó Xaloy molesto. ¿De qué habría servido aquel viaje a través de los siglos si habían sido olvidados por las generaciones que les habían sucedido?

—¡Xaloy, ya lo tengo!

La exclamación de Cirus alertó a sus compañeros, que enfilaron sus respectivas miradas hacia la pantalla en la que aparecieron las imágenes captadas por la telecámara de que iba provista la nave espacial.

Divisaron una extensa área de bosques, arboledas inmensas y espesas que luego terminaban en barrancos cortados a pico.

En el fondo se abría lo que parecía un valle cerrado por los altos barrancos y en el centro del valle se elevaba una abrupta colina, cuya falda estaba rodeada de vergeles y un entramado de riachuelos que los reverdecían.

Sobre la colina destacaba algo impresionante, humanamente inaccesible, salvo que se tuviera el poder de volar como las águilas.

—Es una fortaleza —exclamó Donato. —Cirus, ¿dónde está ubicado lo que tenemos en pantalla?

—Pues... —vaciló, buscando datos, cuando... —¡Cuidado, nos atacan! —gritó el propio Xaloy. Desde la fortaleza brotaron disparos luminosos, sin duda alguna dirigidos a la nave espacial comandada por Xaloy. Este, que tenía el pulgar cerca del pulsador que accionaba la coraza defensiva antiláser, lo pulsó y varios de los cañonazos fueron rebotados, abriéndose como un fuego de artificio en miríadas de chispas fotónicas.

Sin embargo, uno de los cañonazos láser había logra do llegar a la nave antes de que la coraza antiláser fuera activada.

—Hemos sido tocados —masculló Xaloy.

—Malditos, después de los avisos que les hemos dado...

Tras la exclamación de Donato, Cirus, que había dejado de sonreír, dijo mordiendo las palabras:

—No nos quieren ni ver.

La nave Orestes242 sufrió violentas sacudidas! Se escucharon terribles desgarramientos del metal y olor a quemado.

—Sujetaos los atalajes, vamos a tomar tierra como sea. Si seguimos en órbita con la nave rota, moriremos seguro. Si descendemos a la Tierra tenemos una posibilidad entre cien de salvar la vida, porque si nos quedamos fuera de la estratosfera no nos queda ni esa posibilidad.

La nave comenzaba a alejarse peligrosamente de la zona orbital. A Xaloy le estaba resultando difícil controlarla, se le escapaba de las manos y cada vez se deterioraba más y más.

Había activado automáticamente los sistemas antiincendios, pero

no podía preocuparse del fuego.

Se sujetaron a las butacas anatómicas con los atalajes y Xaloy puso en ignición cuatro micromotores de babor. La nave espacial recuperó la órbita. Xaloy apretaba los dientes mientras sus subordinados Cirus y Donato trataban de colaborar cuidando de cerrar compuertas automáticas para que toda la nave no quedara despresurizada.

Mientras, desde la Tierra, les lanzaban más cañonazos láser con la intención de aniquilarlos. Se veían envueltos en una luz cegadora que se originaba al impactar los chorros de láser contra la coraza invisible de que se hallaba provista la nave.

—No sé si saldremos de ésta, se pone todo feo —gruñó Xaloy.

Las luces verdes se habían apagado y las que parpadeaban alarmantemente eran las rojas de peligro.

La Orestes242 entró en la atmósfera terrestre metiendo la proa con decisión.

Como estaba tocada gravemente y los tres astronautas no habían tenido tiempo de proveerse de los trajes de supervivencia, tuvieron que soportar la tortura del calor,

La temperatura ascendió con rapidez, rebasando los límites vitales. Los tres hombres se empaparon de sudor. Xaloy ya no podía ver, sus ojos se habían llenado del agua que escapaba de su frente, de sus cejas.

Todo a su alrededor ardía y lo mismo él que Donato y Cirus se asfixiaban al notar en sus pulmones el aire que rebasaba ya los cincuenta grados Celsius dentro del puente donde se hallaban, mientras la nave, en algunos puntos de su fuselaje, enrojecía a causa del rozamiento con el aire mientras los motores, a pleno rendimiento, los lanzaban en picado hacia la Tierra.

—¡Xaloy, si no paras este trasto vamos a abrir un cráter más grande que el Gran Cañón de Colorado! —advirtió Cirus resoplando, escapándosele el vapor del cuerpo por sus poros, oídos, ojos, boca y nariz.

Xaloy observaba la numeración que le indicaba la distancia a que se hallaban de la superficie de la Tierra. Los números parecían enloquecidos, volaban, era casi imposible verlos, retener por lo menos una de las cifras que desaparecían velozmente para dejar paso a otras y así sucesivamente.

«¿Obedecerá la nave cuando se lo exija?», se preguntaba Xaloy mentalmente.

Tenía una palanca cerca. Ignoraba cuáles habían sido los deterioros totales del impacto recibido. Era muy factible que los timones y la cooperación de los micromotores de maniobra ya no funcionaran; no obstante, no había otra elección.

—Xaloy, si picamos fuerte, ¿saldremos por las Antípodas? —

rezongó Cirus, pese a la difícil, casi mortal situación que vivían.

Xaloy se pasó el dorso de la mano izquierda por los ojos para quitarse el sudor.

Sus pupilas estaban enrojecidas, era como abrasarse en una elevada fiebre maligna. Los ojos le escocían, mas logró ver una de aquellas diabólicas cifras y entonces, empujó la palanca que quedaba al alcance de su diestra. Lo hizo con resolución hacia delante e, inmediatamente después, tecleó sobre los botones que tenía en el panel de mandos.

La nave sufrió una sacudida brutal, semejó que iba a desintegrarse sin remedio.

Se rajaron varias secciones del fuselaje, mas la nave quedó como quieta en el aire. Puso proa al cielo cortando así la caída, y se encendieron los retrocohetes, comenzando a descender en vertical de popa hacia la superficie de la Tierra. Pero la distancia era corta y abajo no había ningún astródromo capaz de suavizar la caída, sino un bosque…

Los árboles cogidos por el chorro de fuego de los retrocohetes se incendiaron y la nave golpeó contra ellos. Perdió la verticalidad y cayó contra otros árboles, partiéndose en tres secciones desiguales en medio de algunas explosiones y chispazos que semejaban relámpagos de una tormenta infernal.

Aquella caída podía resultar el trágico final de una misión inútil. El esfuerzo, la navegación y el heroísmo de tres astronautas que habían dormido por espacio de siglos para poder viajar a través del espacio interplanetario a la búsqueda de unos datos sobre un macroasteroide errante de tipo altamente magnético, ¿para qué?

CAPITULO III

Las cuatro muchachas siervas del imperio planetario de los Élite contemplaron sobrecogidas la llegada y caída de la nave espacial, algo descomunal y fantástico para ellas, que jamás habían visto nada semejante.

Fatigadas y hambrientas, habían permanecido refugiadas en una cueva que se hallaba en un pequeño promontorio que se elevaba entre la gran espesura de los árboles.

Temblando de miedo, vieron caer lo que para ellas era un pájaro de fuego monstruoso. Chispazos, explosiones, rotura de árboles, incendio, caída de la nave y su fragmentación en tres grandes bloques.

En aquel punto del planeta aún no había amanecido y ellas temían la llegada de los robiónicos que sin duda alguna las estarían buscando como fugitivas que eran.

Ara salió de la cueva para ver mejor cuanto sucedía. El fuego había comenzado a enseñorearse de los árboles cuando notó unas gotas de lluvia que, primero tímidamente y cada vez con más fuerza, comenzaron a caer.

No era una tormenta propiamente dicha, sino un chubasco, al principio suave, pero que fue en aumento hasta ser casi un diluvio y aquel agua que escapó de las nubes negras y panzudas, apagó los brotes de incendio y enfrió la nave.

—¿Qué habrá sido todo, una estrella raída del cielo? —preguntó Ara.

Ninguna de las siervas había recibido cultura y mucho menos nociones sobre la historia de las civilizaciones terrestres. Nada sabían de sus ancestros, ni siquiera de los más directos como podían ser sus mismísimos padres gracias a aquellas diabólicas granjas de reproducción de las que habían salido primero y escapado después.

Lo único que sabían era que habían sido niñas en una granja de infancia; que las habían cuidado y cultivado como animales domésticos y después, tras el crecimiento, Hilma había sido manipulada hasta convertirla en una enana monstruosa y a las otras las habían destinado para ser reproductoras.

Deborah preguntó entonces a Hilma:

—¿Tú has visto algo igual a eso?

—No. Será mejor que nos vayamos lejos de aquí.

—Tengo hambre —advirtió Jora.

Ara propuso:

—¿Por qué no vamos a ver lo que ha pasado?

—¿Quieres que nos atrapen los robiónicos? —replicó Hilma—. Ya sabes lo que nos harán si nos cogen. Nos torturarán públicamente y es horrible; he visto varias torturas y las víctimas gritan y gritan, pero nadie las ayuda. Les queman la piel con los rayos del sol y se ponen rojos y luego se hinchan. Entonces, un verdugo siervo, con un látigo, termina de desollarlas a trallazos.

—¡Basta, basta! —exigió Deborah.

—Yo voy a ver lo que ha pasado, quizá encontremos comida —manifestó Ara.

—Si hay comida, yo también voy —decidió Jora.

—¡Os encontraréis con los robiónicos, están en todas partes y contra ellos no tenemos defensa! —insistió Hilma la enana, pese a lo cual era la más fuerte, la que mejor podía soportar las inclemencias o el dolor—. Puede que los robiónicos acudan también a ver lo que ha ocurrido.

—Si llegamos antes, es posible que encontremos comida, yo voy —dijo Deborah resuelta.

Hilma vio partir a las tres jóvenes que no habían sido reducidas como ella al enanismo monstruoso y asexuado con el casco de electrodos.

Al ver que las tres escapadas de la granja de reproducción se alejaban decididas bajo la lluvia, Hilma optó por seguirlas para no quedarse sola en la cueva y no podía decirse que tuviera miedo; había pasado ya por muchos peligros. No temía a la oscuridad, a la lluvia ni al trabajo, pero sí temía a los robiónicos, aquellos seres hechos de metal, plástico, electrónica y microorganismos vivos que les daban el carácter de biónicos, seres sin alma ni sentimientos, los robots más perfectos jamás ideados por el ser humano terrícola. Hilma ¡os temía porque ellos mataban sin odio, torturaban fríamente, sin rabia, y caminaban hacia su propia destrucción si así tenían que hacerlo, sin miedo alguno.

Empapadas, arribaron junto a los restos de la gran nave espacial de la que escapaban chorros de vapor formados por la misma lluvia al mojar los metales recalentados de los restos de la poderosa nave ahora vencida, destrozada.

Varios árboles aparecían tronchados, medio quemados. La lluvia había evitado que el fuego se propagara por todo el bosque.

—Busquemos —propuso Ara.

Se separaron entre sí, no demasiado, pero la cortina de agua que formaba la lluvia hacía que la separación entre* las muchachas pareciera más. El rumor de la lluvia ahogaba las voces y el ruido de los pasos.

Ara se protegió entre el fuselaje de la nave siniestrada cuando, de pronto, una mano grande y fuerte se cerró en torno a su muñeca,

sorprendiéndola.

—¡Ah!

—No grites —exigió la voz masculina y bien timbrada, una voz que no le causó temor. Era una voz desconocida, sin embargo, le inspiró sensación de protección,

Ara miró a aquel hombre, tan alto como un maldito robiónico, de cabellos rubios como los de ella misma y pupilas verde oscuro que apenas se podían ver en la escasa luz de la lluviosa amanecida.

Aquel hombre vestía una guerrera y pantalones grises plateados y botas rojo oscuras; en cambio, Ara se cubría sólo con el blusón obligatorio entre las siervas, entre las cuales sólo se diferenciaba el color según el lugar donde estuvieran destinadas, un blusón que ahora, empapado por la lluvia, se pegaba a su cuerpo, modelando sus turgencias femeninas.

—¿Quién eres, muchacha?

—Soy Ara.

—¿Ara?

—Sí, me llamo Ara. ¿Eres un Élite?

—¿Un Élite, qué es eso?

—Tú no eres un siervo, se te nota, y si no eres un siervo ni un Élite, ¿quién eres?

—Soy Xaloy, comandante de esta nave, que me derribaron y todavía no sé quién lo ha hecho.

—¡Caramba, Xaloy, a eso le llamo yo buen gusto! —silbó el teniente Donato, apareciendo tras ellos.

Ara quiso zafarse de la mano que la sujetaba, mas su esfuerzo fue vano. La diestra de Xaloy no la soltó, pero tampoco le hizo daño alguno.

Entre la lluvia apareció Cirus. El negro llevaba levantada por el aire, sin más problemas, a Hilma, la cual pataleaba intentando escapar sin conseguirlo.

—¡Hilma!

—¡Ara, son los Élite!

—No, ¿verdad que no sois Élite?

Xaloy miró a Donato y a Cirus y les dijo:

—Nos confunden con alguien a quienes llaman Élite. Hemos estado a punto de morir, menos mal que la cabina de mando no se ha destrozado en la caída.

—¿Qué ejército nos ha disparado? —interrogó Donato, ansioso por saber.

—¡Vendrán los robiónicos y nos matarán a todos!

—¿Los robiónicos, los Élite…? Poco a poco, chicas, aquí hay muchas cosas que nos tenéis que explicar. En principio, ¿vosotras quiénes sois?

—Somos siervas —explicó Hilma. Atenazada por las manos poderosas de Cirus, aún no había tocado suelo—. Yo sierva obrera y ellas, siervas reproductoras.

—¡Eh, Xaloy, allí hay más! —exclamó Donato, señalando a través de la lluvia.

Jora y Deborah, al descubrir que sus compañeras habían sido atrapadas, vacilaron y echaron a correr. Xaloy pidió:

—No vayáis tras ellas, se asustarán de nosotros. —Se volvió hacia la muchacha rubia y pidió—: Llámalas y diles que vengan, no vamos a haceros ningún daño, sólo queremos saber cosas.

—Hace poco que nos fugamos dé la granja de reproducción.

—De modo que sois fugitivas, pero ¿de quién?

Ara explicó:

—Del imperio de los Élite y de los robiónicos.

—¿Los robiónicos son los soldados de los Élite? —intentó aclarar Cirus.

Hilma, todavía entre sus grandes manazas, respondió afirmativamente:

—Sí, los robiónicos son los vigilantes, los soldados. Son invencibles, la única salvación es evitar ser descubiertos por ellos, pero también ven en la oscuridad.

—Los robiónicos deben ser un ejército de robots, ¿verdad?

Ara y Hilma se los quedaron mirando evidentemente perplejas. Procedían de mundos distintos aunque por sus venas fluyera la misma sangre terrícola.

—Hay que hablar poco a poco, Xaloy. Ellas deben de secarse, la ropa se les pega al cuerpo y mojadas, cogerán frío.

—Es cierto, están tiritando. Toda la nave no está rota; os ayudaremos y vosotras también nos ayudaréis a nosotros.

—No lo creo. Nos habéis capturado y ahora nos devoraréis, sois salvajes de la jungla, de los bosques —aseveró Hilma.

—¿Tú también piensas que somos salvajes? —le preguntó Xaloy a Ara.

—¿Por qué me has cogido, si no?

La mano de Xaloy se abrió, liberándola.

—Si deseas marcharte, hazlo. Sólo queríamos que fuéramos amigos. Al parecer, tanto vosotras como nosotros estamos en problemas. Podéis iros si nos tenéis miedo, ya nos enfrentaremos solos a esos robiónicos de los que habláis. No es que tengamos muchas armas, pero algunas sí llevamos. Cirus, suelta a… bueno, no sé bien.

—Soy Hilma —aclaró— y para convertirme en obrera, me hicieron enana. Yo no puedo ser reproductora como ellas.

—Has debido pasar por situaciones muy duras, Hilma. Creo que venís de un mundo horrendo.

—Y vosotros, ¿de dónde venís? —preguntó Ara, sin hacer ademán de alejarse. Ya no tenía miedo, nada la sujetaba.

—Somos astronautas.

—¿Astronautas? —repitió Ara.

Xaloy se dio cuenta de que las muchachas no entendían nada de lo que se les hablaba y sería preciso darles muchas explicaciones antes de que pudieran comprender, lo mismo que ellos deberían asimilar lo ocurrido en el planeta Tierra.

—¿Sois muchas más las fugitivas?

—No, sólo cuatro.

—¿Te fías de ellos, Ara? Son hombres.

—Pero no son Élite, lo han dicho.

—No, no somos Élite y nos han atacado.

—Cuando os capturen los robiónicos, os torturan hasta mataros —sentenció Hilma.

—Vamos, confiad en nosotros. Hemos estado a punto de morir y cuantos más seamos r. combatir a osos Élite y los robiónicos, tanto mejor.

—¡Jora, Deborah, venid, venid! —gritó Ara.

Aguardaron protegidas en parte por los restos del fuselaje de la nave espacial. Deborah y Jora se acercaron mientras la lluvia amainaba y la luz diurna se enseñoreaba de todo.

—¡Vamos, venid, acercaos! —pidió Xaloy—. Vamos a comer un poco, traemos alimentos. Hemos perdido la nave, pero no todo lo que llevábamos dentro.

Deborah y Jora, dominando su miedo, se unieron al grupo. Todas tiritaban de frío, pese a que la temperatura era suave, pero estaban empapadas y la ropa que llevaban era mínima, una simple camisola que las marcaba como siervas del imperio planetario de los Élite.

CAPITULO IV

—¡Es increíble! —exclamó Xaloy, tras oír las explicaciones de las jóvenes siervas fugitivas del imperio de los Élite.

Había sido muchísimo más fácil para los astronautas comprender la tragedia de las siervas que para éstas entender la llegada de aquellos hombres que regresaban a la Tierra de la que partieron tantos y tantos años atrás, anos que habían permanecido sumidos en el sueño de la hipercryogenización mientras la vida seguía y seguía, desarrollándose.

Cirus no rezongaba ahora y dio su opinión con evidente pesar.

—Unos cuantos, no sabemos aún si por raza, por intereses económicos o por creencias de tipo político o religioso, se han hecho con el poder absoluto del planeta Tierra, secundados por los robiónicos, que son los que corren los peligros y no hay problemas con ellos, pues si son destruidos se fabrican más. Controlan a los seres humanos convertidos en esclavos o peor, en animales de granja.

—Debió producirse una gran guerra o algo por el estilo —observó Donato.

—¿Guerra? —exclamaron las muchachas.

—Vosotras no tendréis noticias de ello, pudo ocurrir dos o tres generaciones antes de que vosotras nacierais —les dijo Xaloy—. Como no* se os ha contado la historia, nada sabéis y habréis llegado a pensar que la vida en el planeta Tierra ha sido siempre como vosotras la estáis viviendo, pero no es así. Ha habido muchas guerras. Las civilizaciones han evolucionado, unas han muerto y otras se han desarrollado. Hay mucho que debéis saber, pero como decía Donato, debió haber una guerra universal.

—Sí —agregó Donato—. De lo contrario, no habrían sido silenciadas las bases coloniales en la Luna, Marte y Venus.

—Es cierto. En la Luna, Marte y Venus no han respondido a nuestra llamada y cuando nosotros partimos para la misión en el macroasteroide errante, existían colonias científicas y mineras que funcionaban regularmente. Ahora parece que no hay nadie en ellas.

—Podría haber también tipos de esos Élite y sus robiónicos, en las colonias científicas y mineras de la Luna, Marte y Venus.

—Puede ser —admitió Xaloy a la sugerencia de Cirus—, pero si ellos tienen el poder aquí, es posible que se conformaran con la Tierra y dejaran a un lado las colonias extraterrestres. Si su poder está basado en el confort y el bienestar de unos pocos tan sólo, en la Tierra ya hay suficientes minerales, vegetales y animales para ser abastecidos. Utilizan esclavos y controlan el índice de nacimientos

manipulando a obreras y reproductoras como si fueran un nidal de insectos.

—Bastaría con haber destruido las naves espaciales de los residentes en las colonias para que éstos murieran en Venus, Marte o la Luna. Esos astros son hostiles al sistema de vida del hombre terrestre y si fueron abandonados a su suerte, habrán muerto hace ya mucho tiempo.

—Sí, es lo más probable —admitió Xaloy, con pesar.

—Y esos Élite ¿podrían ser extraterrestres? —Donato miró a hombres y mujeres que se mostraron perplejos y para reforzar la validez de su pregunta, añadió—: Podían haber llegado en determinado momento un grupo de extraterrestres invasores. Atacaron por sorpresa y destruyeron todos los centros de defensa. Luego, se hicieron con el poder. Comenzaron a fabricar robots y ellos se colocaron en un lugar a salvo. La hipótesis no es mala,

—No, Donato, no lo es —aprobó Xaloy.

Hilma preguntó:

—¿Seres como vosotros, que venís de las estrellas?

—Nosotros venimos algo así como de las estrellas, aunque no es eso exactamente; pero ellos sí pudieron proceder de otros mundos. Ninguna de vosotras los ha visto y, en consonancia, ignoramos cómo son.

—Lo mejor sería ir a averiguarlo —propuso Donato.

—¿Ir a buscar a los Élite? —repitió Ara, incrédula.

—Sí, no es mala idea. Encontrando a los cerebros de este criminal sistema que impera en la Tierra, hallaremos la solución al problema.

—No llegaréis jamás a ellos. Los robiónicos los protegen —advirtió Hilma.

—Se puede intentar —insistió Xaloy.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Donato. Mirando la nave espacial destrozada, añadió—: Después de lo que nos han hecho, o vamos a por ellos o ellos vienen por nosotros.

—Todos quietos donde estáis —ordenó la voz impersonal de un robiónico que acababa de aparecer junto a la nave destrozada en la que habían estado alimentándose y contándose sus respectivos problemas.

—¡Estamos perdidos! —exclamó Hilma, temblándole los labios. Ella sabía del poder de los robiónicos.

—¿Nos vamos a asustar todos ante la presencia de un simple robot? —preguntó Donato, despreciativo.

Deborah, que sabía que el castigo por fuga era la tortura pública, se levantó de donde estaba sentada y echó a correr. Entonces, del ojo visera del robiónico escapó un rayo láser que dio de lleno en la espalda de la joven.

Se produjo un fogonazo luminoso. Deborah cayó al suelo con un sangrante y oscuro agujero en su cuerpo, que olía a carne quemada.

Todos quedaron impresionados por el ataque brutal y despiadado de aquel robiónico sin sentimientos, que cumplía exactamente el programa insertado en su maquinaria autosuficiente. Sin embargo, Xaloy movió su mano adecuadamente hasta hacerse con la pistola ultrasónica. La empuñó y jaló del gatillo. De ella brotó el chorro invisible de gran intensidad ultrasónica.

El robiónico tembló antes de estallar violentamente, cayendo al suelo destrozado, desencajado. Aparecieron hilos de contacto, pequeños carbones y un líquido espeso que debía contener memoria biónica y que escapaba de la cajita que la había contenido, como si se hubiera roto una bóveda craneana y por ella escapara la densa y grisácea masa encefálica.

—¡Lo ha destruido! —exclamó Hilma, más sorprendida por la destrucción del robiónico que por la muerte de Deborah.

—Sí, ya ves que no son invencibles, pero ella ha muerto —se lamentó Xaloy, señalando el cuerpo agujereado, quemado y sangrante de la joven sierva evadida de la granja de reproducción.

—Ahora vendrán más por nosotros, ya deben saber que estamos aquí —exclamó Ara.

—Deben comunicarse entre sí —opinó Cirus. —Cojamos armas y alimentos y larguémonos de aquí, pero antes...

Todos le miraron. Sólo Donato preguntó:

—¿Qué?

—Cirus...

—¿Qué, Xaloy, la enterramos?

—La desintegraremos, será más fácil, pero tú, si es posible, averigua cuál es el lugar exacto donde se refugian los Élite.

—¿Y cómo lo averiguo?

—Puede que cometa una gran equivocación, pero me jugaría cualquier cosa que su fortaleza es la que vimos en pantalla durante unos pocos segundos. Es posible que pasáramos por la vertical de su fortaleza y por eso nos atacaron. Su sistema defensivo debió funcionar automáticamente, lo que indica que también están alerta contra cualquier posible ataque desde el aire.

—No sé si conseguiré averiguar las coordenadas. Gran parte del equipo se ha destrozado con la caída y estamos también faltos de fluido.

—Haz lo que puedas, Cirus. Si averiguamos su ubicación exacta, podremos dirigirnos hacia ese valle fortaleza.

—Yo no iré —advirtió Hilma.

—Puedes marcharte si quieres, pero nosotros no vamos a vivir huyendo el resto de nuestros días —manifestó Xaloy, tajante.

—¡Os matarán a todos, un robiónico eliminado no es mucho! —advirtió la enana.

—Lucharemos contra todos los que se nos pongan por delante, pero terminaremos encontrando a los Élite y les pediremos cuentas por lo que han hecho con la humanidad en masa, convirtiéndola en esclava, reduciéndola a un mundo programado de insectos, sin más futuro que repetir los ciclos sin variantes, sin evolución posible.

—Yo os acompañaré —dijo Ara.

—Yo también —agregó Jora.

—Magnífico, cuantos más seamos, mejor. A trabajar, hay que preparar mochilas de supervivencia y armas. Con esos robiónicos no valen los razonamientos. Cada vez que aparezca uno, hay que hacerle saltar los muelles y dejarlo como a ése —y señaló al caído.

Hilma se acercó al robiónico reventado. Se arrodilló junto a él con una infinita curiosidad para tocarlo con sus dedos y ver cómo era por dentro. Al levantar parte del yelmo que constituía la cabeza, aparecieron filamentos y diminutos artilugios electrónicos. No era ni más ni menos que una máquina perfecta, ya destruida por el impacto de un disparo ultrasónico.

El día estaba avanzado. Los tres hombres prepararon sus respectivas mochilas de supervivencia y se proveyeron de armas aunque sólo poseían tres pistolas ultrasónicas y un pequeño cañón bivalente que disparaba ultrasónico y al propio tiempo, si se le cargaba adecuadamente, disparaba pequeños obuses de los cuales los había termonucleares y neutrónicos.

Debido al peso de los proyectiles, Xaloy optó por escoger tres de cada clase y se los repartieron dos cada uno, puesto que no cargaron en absoluto a las muchachas.

—Lo siento, Xaloy —dijo Cirus, preocupado.

—¿No has logrado averiguar nada?

—Muy poco. La computadora central no funciona por falta de fluido y por ahora, no hay posibilidad de restablecer un generador de energía.

—No, no hay tiempo, en cualquier momento podemos vernos rodeados por esos diabólicos robiónicos.

—Sin embargo, he obtenido una imagen fija y por la colocación de las sombras y la hora en que fue tomada, opino que el lugar debe hallarse a unas tres o cuatrocientas millas al sur de donde nos encontramos ahora, pero no es seguro.

—Tenemos tiempo, Cirus, toda una vida por delante para encontrar esa fortaleza y asaltarla. Vale la dilección que nos has dado y nos pondremos en marcha ahora mismo.

—¿Y cuando se os acaben esos alimentos tan raros que traéis? —preguntó Hilma, que no parecía dispuesta a acompañarles.

—Cazaremos.

Cirus sacó el cadáver de la joven Deborah fuera del fuselaje de la nave espacial y le colocó encima una pequeña caja, no mayor de una pulgada cuadrada. Pulsó su botón central y se apartó. Todos miraron hacia los restos de Deborah y Ara preguntó:

—¿Qué pasará?

—Impediremos que su cadáver se convierta en carroña en esta zona de grandes bosques.

Pasados los segundos de precaución, la cajita estalló y se produjo una intensa luminosidad sin ruido. Aquel fuego blanco y cegador duró muy poco y al desaparecer, el cuerpo femenino se había esfumado. Apenas unas cenizas grisáceas quedaban de ella. Incluso, la hierba en su entorno se había reducido a cenizas, no quedaba nada.

—Pongámonos en marcha —ordenó Xaloy.

Ara, instintivamente, como millones de años atrás hicieran otras hembras junto al macho dominante, se puso a su lado y avanzó, procurando no retrasarse.

Hilma, al verles alejarse, debió considerar que los restos del fuselaje de la nave espacial destrozada no eran suficiente protección y corrió tras ellos, gritando:

—¡Esperadme, voy con vosotros!

Se sumergieron entre los árboles del extenso bosque que apenas dejaba que la luz solar llegara a la tierra. Unas millas más al sur y al oeste, el bosque se transformaba en verdadera selva de vegetación lujuriosa, una selva en la que iba a resultar difícil abrirse paso, puesto que no llevaban machetes adecuados para segar la vegetación.

No parecían haber más robiónicos cerca. Donato llevaba consigo un detector electrónico que forzosamente debía captar la presencia de un robiónico si estaba cerca y no había más interferencias electrónicas.

—Podíamos haber cogido los autocohetes —observó Donato.

—Son un poco pesados para cargar con ellos.

—Por lo menos, uno habría podido volar —gruñó Donato.

—De poco serviría, somos seis.

Sin dejar de andar, Cirus opinó:

—Si llegamos a la fortaleza, no sé cómo podremos subir a ella, sólo llevamos dos rollos de cuerda.

—Si os hace falta alguien para cargar peso, yo puedo ser útil —dijo Hilma, que les había escuchado.

—¿Tú? Si…

—Soy enana, ya lo sé, pero fui manipulada cuando niña para ser una obrera resistente.

—A mí me parece que puede llevar peso —observó Donato.

—Yo también —dijo Ara.

—Y yo —añadió Jora, por su parte.

—Ellas pueden llevar peso, pero la mitad que yo —puntualizó Hilma.

—Está bien, está bien. Acamparemos aquí y Cirus e Hilma regresarán a la nave y traerán algunas cosas más que ante la larga marcha, es posible que nos hagan falta.

—De acuerdo —dijo Cirus—. No será fácil que nos perdamos, el camino ha quedado muy marcado.

—Bien, pues no avancemos más.

Montaron el campamento cuando aún estaban lejos de la selva propiamente dicha. Cirus e Hilma regresaron desandando el camino tras comer frugalmente.

—¿Tenéis frío? —preguntó Xaloy.

—No —denegaron las chicas, algo vacilantes; se notaba que sí lo tenían. La ropa que las cubría era escasísima.

—¿Crees que si encendemos un fuego nos descubrirán? —preguntó Donato.

—No lo creo. Encontrar los restos de la nave les fue más fácil; espero que Cirus e Hilma no se topen con más robiónicos de ésos.

—Son infatigables, jamás se cansan —dijo Ara. —Pues si nos siguen, terminarán alcanzándonos, porque nosotros somos humanos y nos cansamos.

—Ellos son perfectos, pero nosotros les ganamos en más de un aspecto, seguro.

—¿En qué, Xaloy? —preguntó Donato. —Por lo menos, en astucia. No creo que los hayan hecho tan perfectos que hasta sean astutos.

—A mí me gustaría encontrarme con uno de los que forman el grupo dominante de Élite. —Miró a la muchacha y preguntó abiertamente—: ¿Hay alguno que mande sobre los otros? Me refiero a que sea emperador, rey o como quiera llamarse.

—No lo sé —respondió Ara.

—Yo tampoco —agregó Jora.

Xaloy montó una tienda de campaña cónica de finísima tela casi exenta de peso. Delante de ella, Donato se encargó de encender una fogata al estilo secular, lo que le costó algún trabajo debido a que todo estaba húmedo a causa de las últimas lluvias, pero lo consiguió sin emplear ninguno de los artilugios que llevaban consigo.

—¿Qué clase de animales se han desarrollado por los bosques y la selva? —preguntó Donato.

—Hay toda clase de animales.

—Creo que será inútil que especifiquéis,

—Así es, Donato. Ellas no han tenido libertad, por lo tanto no han podido ver a esos animales salvajes. Imagino que los que hubiera en las selvas cuando debió ocurrir la guerra por la que ese grupo Élite se

apoderó del planeta, se habrán ido multiplicando sin control, es decir, de forma natural, pues parece que los grandes bosques y las selvas han sido dejadas a su libre evolución.

—También es posible que se abrieran las jaulas de los zoos.

—En ese caso, habrá sido una suerte para la naturaleza —estimó Xaloy.

Ara hizo un comentario al respecto, expresando lo que en realidad sabía.

—Nos han contado que los animales salvajes se comen a los siervos y las siervas que se escapan de la protección de los robiónicos.

—Lo de siempre —gruñó ahora Xaloy—. Los que esclavizan, siempre dicen que el peligro' está fuera de las fronteras que ellos marcan. De este modo, los esclavizados aceptan mejor la esclavitud temiendo a lo desconocido.

Donato se rio y añadió jocoso:

—Ese cuento ha sido empleado muchas veces a lo largo de la historia. Los enemigos tenían cuernos, rabo y eran aliados de Satanás... ¿Cuánta gente habrá sido esclavizada o lo largo de la historia aceptando que lo que no se conoce es lo peor y en cambio lo que les esclaviza es lo mejor, lo que les protege.

—Si a eso se añade el no informar a la gente y dejarla analfabeta, sin cultura, ya está el cuadro completo de la perfecta esclavitud.

—¿Vosotras sabéis leer? —preguntó Donato.

—¿Leer, qué es eso?

—Tienes razón, Xaloy, pero son bonitas e inteligentes.

—No os preocupéis, nosotros os enseñaremos en poco tiempo.

—¿Y para qué sirve leer? —preguntó Jora.

—Para aprender y entre otras cosas, darse cuenta de que no hay que dejar que nos esclavicen. Sin información, sin cultura, es decir, sin saber leer, es la mejor manera para convertirse en esclavo sin necesidad de cadenas.

—No os entiendo —opinó Ara, sincera. —Yo tampoco —agregó Jora.

—Tendremos que darles unas clases aceleradas de los derechos humanos, Xaloy.

—Sí, unos derechos que por lo visto fueron barridos criminalmente por ese grupo que domina el planeta.

—¿Qué os exigían que hicierais? —preguntó Donato.

—A nosotras, nada, sólo teníamos que estar en la granja de reproducción y tener hijos, uno cada año.

—¡Por todos los diablos! ¿Has oído, Xaloy?

—Sí, convertirlas en conejas humanas.

—¿Y los hombres? —preguntó Donato.

—¿Qué hombres? —interrogó Ara, como si de pronto cobrara

conciencia de que había dicho algo que no estaba bien.

—¿Qué hombres van a ser? Los sementales para esa granja; serían los grandes afortunados.

—No sé de qué hablas —dijo ahora Jora—. Es una granja de inseminación artificial y...

—¡Por todos los diablos! ¿Y hacen semejante barbaridad después de seleccionar lo mejor, lo más perfecto, lo más apto para el amor?

—Basta, Donato. Ellas no tienen el conocimiento del sexo y del erotismo que podamos tener nosotros. Habrá que hacer una pequeña educación con ellas, si es que los robiónicos no nos liquidan antes.

—Yo me encargaré de educarlas, Xaloy _se ofreció de inmediato Donato, con los ojos brillantes.

—Cuidado, Donato, esto no es un juego, esto va en serio. Míralas, son la inocencia más pura con que te hayas podido topar jamás.

—Pero, son chicas...

—Son seres humanos que hay que proteger y educar para que se rebelen contra la esclavitud como han comenzado a hacer por sí mismas, tomando la decisión de escapar cuando para ellas huir significaba algo así como la muerte misma.

Ara y Jora, casi extenuadas, después de hablar un poco más y comprendiendo con mucha dificultad lo que Donato y Xaloy les decían, pese a buscar éstos la forma más sencilla y elemental de explicarse, optaron por recogerse dentro de la tienda para descansar. Ellas no habían sido preparadas con rudeza como Hilma para realizar trabajos duros y pesados.

—¿Qué te parece todo esto, Xaloy?

—Muy desagradable, Donato, muy desagradable y me gustaría que tú pensaras en las chicas de la forma más honesta que puedas conseguir.

—¿No querrás que piense en ellas como si fueran mis hermanas? En ese caso, cometería incesto de pensamiento.

—Mira, Donato, primero tenemos que ver la forma de combatir a los Élite.

—¿Crees que ellos, controlando todo el planeta y con un ejército de robiónicos, pueden ser derrotados por nosotros tres?

—No te des por vencido antes de tiempo. A lo largo de nuestra historia, siempre ha aparecido un David capaz de vencer a un Goliath y a sus ejércitos.

—Siempre no ocurre el milagro y nosotros no somos dioses, Xaloy. Además, si ya se ha destrozado nuestra nave y la Tierra nada tiene que ver en su civilización y forma de vida a la que nosotros dejamos, ¿para qué andarnos con tonterías? Ellas son mujeres y nosotros, hombres, estamos libres y lejos del alcance de los robiónicos. Comencemos a crear una nueva civilización. Nosotros tenemos

tecnología y cultura y si conseguimos meter fluido eléctrico en la computadora de nuestra nave, tendremos una videoteca fenomenal; podemos comenzar de nuevo.

—No antes de combatir a los Élite y descomponer el ejército de los robiónicos. Que todo el planeta sea libre, que las granjas de trabajo o reproducción artificial para las mujeres que no conocen varón físicamente, sean sólo una pesadilla del pasado.

—No lo conseguiremos. Ni siquiera sabemos de qué número de robiónicos disponen y cuántos pueden producir por día en sus fábricas.

—Si vamos a su madriguera, lo averiguaremos.

—Eso nos costará la vida o cuando menos, la esclavitud.

—Donato, ¿es que tienes miedo ahora?

—¿Miedo yo?

—La verdad es que nunca he pensado que lo tuvieras, pero tu actitud de inhibirte de lo que aquí sucede no es muy propia del espíritu de un astronauta voluntario.

—Está bien, está bien, pero yo ya me he expuesto a toda clase de peligros. Me he hipercryogenizado y he dejado atrás a mi familia, a mis amigos, a cuantos conocía para trasladarme al futuro. ¿Dónde estarán ahora los restos de nuestros contemporáneos? —Sopló fuerte por encima de su mano con un gesto significativo—. Son polvo, nada más y nada menos que polvo... Hemos permanecido siglos hipercryogenizados y es hora ya, después de un sueño tan largo, de vivir intensamente. Somos jóvenes, tenemos derecho a emparejarnos y esas chicas son muy bonitas. Fueron seleccionadas para ser madres y aunque yo no tengo ninguna prisa en ser padre, no hay por qué desperdiciar el tiempo.

—Mira, Donato, no vas a .entrar en la tienda con esos pensamientos que tienes. Mejor será que te enfríes y adquieras dominio de tus pasiones.

—¿Es una orden?

—Tómalo como gustes, Donato, pero métete en la cabeza que debes dejarlas tranquilas.

—Mira, Xaloy, será mejor que pongamos algo en claro.

—¿Como qué?

—Nuestra misión ha terminado.

—No totalmente.

—¿Por qué?

—Tenemos que intentar la liberación de los seres humanos que ahora se llaman siervos.

—Esa es otra misión, ya no hay jerarquías, mira. —Cogió su cometa dorada, símbolo de su graduación de teniente y se la arrancó del pecho—. Ya soy un hombre, sólo un hombre.

—Creo que sería estúpido decirte que voy a hacerte un expediente disciplinario por insubordinación y quizá deserción.

—Claro que sería estúpido, ¿a quién se lo ibas a entregar? Ya no tenemos jerarquías, se acabó el pasado. Ahora somos iguales y si hay que decidir algo, habrá que hacerlo poniéndonos de acuerdo en forma democrática, no bajo órdenes tuyas, como si siguiéramos en la milicia espacial.

—Continuamos siendo astronautas, miembros de una civilización confederada y democrática que representa a todo el planeta Tierra; sin embargo, debido a las circunstancias, estoy de acuerdo en que nada de órdenes y que debemos opinar todos por igual, sin privilegios.

—¿No te los vas a tomar? —preguntó Donato, irónico.

—No.

—En ese caso, yo me voy a la tienda, mientras la fogata arde fuera. Ya me dirás a cuál de las dos prefieres, así no pelearemos. Lo siento por Cirus, que se queda con la enana y, al parecer, ya no sirve como mujer, pero seguro que encontraremos más.

—No, Donato, tú no entras en la tienda con las intenciones que llevas. Ellas también son personas y tienen su propia decisión. No puedes caer sobre una cié ellas y tomarla como un salvaje; no, tú no eres un salvaje, estás cargado de ciencia y cultura, de ética, de valores y derechos humanos.

—Ellas no saben lo que es eso —arguyó.

—Pues tenemos la obligación de enseñárselo.

—Habrá tiempo para todo —dijo Donato, dando un paso hacia la tienda.

—No, Donato, no lo hagas,

—Pero ¿qué diablos quieres, Xaloy? —inquirió con un gruñido—. La que voy a hacer es humano y natural.

—Lo será cuando se haga adecuadamente. No te he pedido que abraces el celibato porque yo tampoco pienso hacerlo.

—Bien, bien, por lo menos sé que te gustan. ¿Cuál de las dos? Mejor me lo dices y así no habrá discusiones. A mí me da igual, me gustan ambas, soy un latino.

—Tú eres un cerdo, Donato.

—¿Estás buscando pelea? Vamos, no seas tonto. Después de esta noche, ellas vendrán con nosotros con más gusto todavía, yo conozco bien a las mujeres.

—Y seguirán siendo siervas, ¿no?

—¡Acabemos de una vez! —bufó impaciente—. Ellas no saben siquiera lo que es el sexo; lo intuyen pero no lo saben porque nadie se lo ha explicado y habiendo vivido en esas granjas, hasta es posible que no hayan visto siquiera hacer el amor a un par de gatos o a una

pareja de perros. Para ellas, el amor no existe; sólo está la inseminación artificial y luego, el alumbramiento de la criatura, de modo que les va a saber a gloria. ¿Quieres privarlas de ese placer al que tienen derecho como hembras que son?

—Habrá tiempo para todo —dijo Xaloy, colocándose entre Donato y la tienda—, No pretendo privar a nadie de ningún placer, es más, creo que en pocos minutos me he enamorado de la inocencia, de la belleza y de otras cosas más de Ara.

—¡Al fin lo soltaste! Pues yo me quedo con Jora.

—Tú no amas, Donato, sólo estás sediento de experimentar placer.

—¿Y qué más da?

—Para mí, es importante y para ti también debiera serlo. Si las amamos, será con pleno consentimiento de ellas y sabiendo ambas lo que van a dar y recibir.

—Eso, ya sólo falta que les des lecciones de ginecología '—se rió Donato.

Avanzó hacia la tienda muy resuelto, pero Xaloy lo paró con su cuerpo.

Donato, ya molesto, le lanzó un puñetazo que Xaloy no quiso esquivar y que aguantó en el estómago, aunque dio un traspié para no caer al suelo.

Donato quiso volver a golpear, pero esta vez fue cazado por un puñetazo en el hígado que le obligó a doblarse hacia delante. Después, fue alcanzado por un durísimo gancho en la mandíbula que lo tumbó de espaldas. Quedó tendido, pues el puño de Xaloy llevaba pura dinamita.

—Ahora dormirás más tranquilo —dijo, respirando hondo, pues Donato también había pegado fuerte.

De pronto, se escucharon unos aullidos no muy lejanos; no era uno, sino varios y escalonados.

—¡Lobos!

Xaloy comprendió que en el abandono total de la naturaleza, en sus bosques y en sus junglas, los animales debían haberse multiplicado y las especies depredadoras como los lobos irían a la caza y posiblemente llevarían hambre. No pudo por menos que pensar en Cirus y en la enana Hilma.

CAPITULO V

Llegaron sin problemas a los restos de la nave espacial que se esparcían en cientos de metros a la redonda. Cirus no se dirigió al trozo que había quedado de motores, que era su parte más grande, sipo a lo que correspondía al hábitat y suministros.

Hilma caminaba junto a él y, de vez en cuando, le observaba de reojo. No le llegaba más allá de la cintura. Cirus era un verdadero gigante para ella. Hilma no había visto antes a hombres tan altos. Sabía que en algunas canteras trabajaban hombres altos, hombres castrados que laboraban sin prisas, pero constantemente, como auténticos bueyes; pero, Cirus no estaba precisamente castrado, él jamás había sido un siervo.

—Mira, Hilma, nos llevaremos este autocohete. ¿Podrás con él?

Cirus le entregó una especie de botella alargada que se podía colocar a la espalda con unos atalajes de sujeción.

—No pesa.

—Diablos, para lo pequeña que eres, tienes mucha fuerza.

Hilma sonrió. Cirus no se burlaba de ella.

Cirus recogió lo que creyó conveniente, teniendo en cuenta que podían cargar más y salieron del fuselaje de la nave cuando recibieron una sorpresa muy desagradable.

—¡Los robiónicos! —exclamó Hilma.

—¡Malditos robots! —gruñó Cirus. Se le había pasado el buen humor.

En círculo, casi rodeando el lugar donde ambos estaban, los robiónicos se mantengan atentos y no eran menos de dos docenas. Cirus ya sabía de lo que eran capaces con su ojo láser; sin embargo, algunos llevaban también unos extraños y gruesos fusiles. Cirus sabía que no se podía razonar con ellos.

Hilma, previendo su fin en la tortura pública, retrocedió y corrió hacia el interior de los restos de la nave espacial. No llegó lejos. Uno de los robiónicos disparó su extraño artefacto y una fina, pero resistente red cayó sobre ella, envolviéndola.

Cirus disparó su pistola de ultrasonido contra el robiónico que estalló, cayendo al suelo y soltando el cabo de la red, dentro de la cual Hilma se debatía tratando de escapar.

Los otros robiónicos no se inmutaron lo más mínimo ante la destrucción de su compañero. Eran máquinas carentes de emociones y sentimientos.

Volvieron a disparar más artilugios y las redes cayeron sobre Cirus. Este volvió a disparar y logró aniquilar a cuatro más de los que

se le acercaban. Pero, las redes fueron tensadas y acabó comprimido dentro de ellas, incapaz de hacer movimientos. A la enana Hilma le ocurrió otro tanto, quedando así capturados y a merced de los robiónicos.

—¡Hilma!

—Cirus, estamos perdidos —gimió.

—¿Qué harán ahora con nosotros?

—¡La tortura hasta la muerte! —gritó Hilma, entre las mallas de la red que la envolvían, de tal forma, que le impedían los movimientos.

No tardaron en aparecer tres vehículos que se desplazaban a una altura de tres o cuatro palmos del suelo, sin tocarlo. Los robiónicos subieron a aquellos vehículos y lo mismo Hilma que Cirus, fueron introducidos en uno de ellos.

En el suelo quedaron los objetos que iban a llevarse, entre ellos el autocohete. A los robiónicos no pareció interesarles lo más mínimo lo que allí quedaba, carecían del instinto de la investigación. Ellos habían sido construidos para capturar fugitivos en aquel caso, y cumplían su misión, dejando en el suelo a varios compañeros robiónicos, si es que así podían llamarse entre sí. Habían capturado a dos siervos, pues para ellos, Cirus quedaría catalogado entre los siervos asilvestrados. El grupo de captura podía considerar que había tenido un cierto éxito.

*

Jora dormía pesadamente. Ara, que había dado muchas vueltas sobre sí misma sin llegar a conciliar el sueño, se decidió a abandonar la tienda. No tenía frío. En realidad, estaba acostumbrada a vestir sólo aquel blusón que le llegaba a la mitad de los muslos.

Xaloy permanecía pensativo delante de la fogata, que iba alimentando con ramas que tenía cerca, ya partidas previamente.

Donato estaba tendido con la cabeza junto a un tronco y a cierta distancia se oían los aullidos de los lobos que merodeaban por el bosque. Xaloy oyó un ruido, se volvió y descubrió a la muchacha, preguntándole:

—¿No puedes dormir?

—No.

—¿Los lobos?

—Los he oído otras veces. Dicen que son muy peligrosos, que se comen a las siervas que escapan.

—Es posible, pero si aprende uno a defenderse, no hay problema. Por ejemplo, los lobos le tienen miedo al fuego.

—¿Por eso no vienen?

—Probablemente.

—Vosotros sabéis muchas cosas, sois como dioses.

—¡No somos dioses, ni semidioses, simplemente tenemos unos conocimientos que a vosotros os han sido negados, todos somos iguales. Lo que me gustaría saber es quiénes son los Élite.

—Ellos no tratan con los siervos y siervas, salvo los que están destinados a servir en el valle de la fortaleza.

—Terminaremos por averiguarlo, pero me gustaría saber ya si son despreciables terrestres que consiguieron apoderarse del planeta o son alienígenas que después de invadir la Tierra, convirtieron a sus habitantes en esclavos.

Ara cambió de conversación, preguntando:

—Tardan en regresar Hilma y Cirus, ¿verdad?

—Sí, demasiado.

—Hilma no se perdería por el bosque.

—Cirus tampoco.

—¿Les habrá ocurrido algo?

—No lo sé. —Ara suspiró—. Si no regresan al amanecer, habrá que ir a averiguarlo. Los lobos también me preocupan, aunque Cirus va armado y no creo que se deje sorprender por las fieras.

—No quisiera que hubieran capturado a Hilma.

—La aprecias, ¿verdad?

—Sí. Estuvimos juntas en una granja de infancia. Luego, yo fui seleccionada para la reproducción y ella para sierva obrera.

—¿Y la convirtieron en enana?

—Sí. Pueden hacer lo que quieran con sus cascos de transformación, siempre que sean niños.

—Eso es horrible. ¿Sabías que las hormigas también hacen su selección entre las obreras, las guerreras y la reina?

—No.

—Pues, así es. Lucharemos para destruir este sistema inhumano que impera sobre el planeta. Es curioso lo que puede deparar el futuro, nunca se sabe.

Ara miró a Donato y preguntó:

—¿Estáis peleados?

—No, no creo —dijo, recordando la pelea. Luego, Donato se había despertado y sin decir nada, se había vuelto a tumbar al amparo del árbol para dormir.

—Son momentos difíciles para todos, Ara. Yo aprecio a Donato y le comprendo en su problema.

—Tú eres el jefe, ¿no?

—Mientras estábamos de misión, sí. Ahora creo que es mejor que no exista jefe, como ha dicho Donato. Después de todo, ya no queda nada de lo que abandonamos y no tenemos que dar cuenta a nadie de nuestro trabajo. ¿De qué sirve que haya un jefe?

—Él no quiere luchar contra los Élite, ¿verdad?

—Bueno, él desea vivir y no se lo reprocho.

—Yo también y Jora y Hilma.

—Que vosotras no fuerais a atacar a los Élite en su fortaleza, es comprensible porque carecéis de armas, pero nosotros las tenemos, aunque no muchas. Luego, si las perdemos, será inútil toda lucha.

—De los siervos que han escapado, ninguno ha ido a atacar jamás a los Élite, todo lo contrario. Se han sumergido en los bosques y en las selvas para no ser encontrados.

—Mi caso es distinto. Yo no he nacido en una granja y no han manipulado mi conciencia hasta el punto de temerles en forma casi psicopática, de manera que vosotros pensáis que ellos son invencibles. Yo no lo creo así y lucharé para demostrarlo.

—¿Y no te importará morir?

—Sí, me importa morir, pero si muero luchando contra los opresores de los seres humanos que vivimos en la Tierra, bienvenida sea la muerte.

—'Xaloy, eres tan diferente a nosotros... Deseo con locura que lo consigas.

—Que lo consigamos; tú vas a luchar conmigo.

—¿Yo? No sé hacer nada.

—Harás lo que te digamos y será suficiente. Lo importante es no tenerles miedo. Es como aprender a nadar; si le pierdes el miedo al agua, seguro que nadas. Si tienes miedo, te ahogas. Por cierto, ¿sabes que antes de que existieran las granjas de reproducción los hombres y las mujeres se aparejaban para amarse y de esa unión y no de otra forma se obtenía el fruto de un hijo, es decir, la continuación de la especie humana?

Ara sintió que las mejillas le escocían un poco, se había sonrojado.

—Por eso habéis peleado tú y Donato, ¿verdad?

—Algo de eso hay.

—Bueno, Jora y yo hemos comentado algo.

—¿Vosotras habéis oído hablar del amor?

—Sí, pero en secreto. Algunas chicas se besaban y se acariciaban.

—¿Entre ellas?

—En la granja no había más que mujeres y los robiónicos vigilando.

—Comprendo. El ser humano no puede pasar sin amor, pero lo que me cuentas es amor contra natura.

—¿Cómo dices, contra natura?

—Sí, ya te lo explicaré mejor en otro momento. En realidad quiero decir que hay que besarse, acariciarse, amarse totalmente, pero entre hombre y mujer, entre dos sexos distintos.

—Pero ¿cómo se hace eso? —preguntó, temblándole ligeramente

la voz y también los labios.

Xaloy la tenía muy cerca, tan cerca que notaba su cálido aliento, mientras ambos sentían el calor de la fogata en sus rostros.

—Yo te enseñaré, Ara.

—¡Ahora, por favor, enséñame ahora!

Xaloy alzó su mano y acarició el rostro femenino. Se inclinó sobre sus labios y los besó, pero sólo fue una caricia suave, casi un roce sin profundidad. Notó que la boca de ella quemaba y estaba sedienta de un amor que jamás nadie le había dado.

—No, Ara, ahora no. Tengo tantos deseos como tú y el propio Donato, que ahora duerme, pero no sería justo si te amara en estos momentos.

—¿Por qué no sería justo?

—No lo comprenderás ahora, Ara, pero yo sé que no será justo. Habrá tiempo.

—¿Y si nos matan?

—Te prometo que si preveo la posibilidad de que vamos a morir o de que yo voy a morir, antes de que eso ocurra, te descubriré todos los misterios y placeres del amor natural entre hombre y mujer, todo eso que ahora ignoras y que ansas conocer, ese amor que esos repugnantes seres de Élite os han negado para convertiros en simples insectos.

—Lo que tú digas, Xaloy. Sabré esperar porque confío en ti.

—Si confías en mí, ahora descansa todo lo que puedas. Mañana no sabemos lo que sucederá.

Ara se acurrucó junto a él. Sintió el calor del fuego y notó más y mejor el calor de la proximidad del hombre que le infundía confianza y protección. Cerró los ojos y se durmió soñando sucesos que jamás había vivido ni imaginado antes.

CAPITULO VI

La amanecida era agradablemente fresca. No se escuchaba el aullido de los lobos y sí una sinfonía de trinos y gorjeos que componían diferentes aves que debían haber pasado la noche en las copas de los árboles que tanto abundaban.

Habían recogido todo el campamento y apagado el fuego, de forma que las cenizas no pudieran provocar un incendio que en aquel área de grandes bosques sería catastrófico.

—Tenemos que ir a ver qué les ha ocurrido a Hilma y a Cirus.

Donato asintió con un gruñido, sin el buen humor de otras veces.

Las muchachas, dispuestas a seguirles adonde quiera que fuesen, les observaron en silencio. Ara y Jora habían cuchicheado entre sí, como explicándose cuitas y tomando pequeñas decisiones y éstas quedaron refleja das al ponerse en marcha, pues Ara se situó al lado de Xaloy y Jora junto a Donato, el cual, tras mirarla de reojo, sonrió.

El camino de regreso a los restos de la nave espacial era relativamente fácil. Pisadas, ramas rotas, hierbas aplastadas, bastaba un poco de observación y no había posible pérdida.

Tras algo más de tres horas de rápida marcha en la que apenas se intercambiaron algunas palabras, arribaron al lugar donde la gran nave espacial siniestrada parecía fragmentada por la terrible caída, pese a la cual los tres astronautas habían conseguido salvar la vida, gracias a que la cabina de control estaba doblemente protegida contra impactos de posibles meteoritos.

—¡Cirus! —voceó Xaloy.

Había intentado repetidamente ponerse en contacto con los pequeños tele comunicadores sin hallar respuesta.

—¡Los robiónicos están allí, destrozados! —señaló Ara.

Se acercaron al otro gran fragmento de la nave espacial y pudieron ver más de cerca a los robiónicos destrozados.

—Ha habido lucha y Cirus se ha defendido —opinó Xaloy.

—Sí, pero ya no está —gruñó Donato.

—Habrán llegado muchos robiónicos, sorprendiéndoles —observó Jora, mirando las huellas.

—Ellos disparan unas redes con las que capturan a los siervos fugitivos —dijo Ara.

—Aquí hay señales de haber sido arrastrados. —Donato señaló el suelo y siguiendo el rastro, añadió—: Y aquí desaparecen.

—¿Cómo desaparecen? —preguntó Xaloy.

Donato, mirando en torno, opinó:

—Es como si hubieran subido a un vehículo que estuviera

suspendido en el aire, sin tocar el suelo, una especie de hovercraft, esos vehículos que lo mismo circulan por encima de las aguas que por los pantanos o desiertos, sobre un colchón de aire.

—Es cierto; tienen unos vehículos que no tocan el suelo y que van muy de prisa —indicó Ara.

—¿Y ahora qué hacemos? Se han llevado a Cirus y a Hilma, pero no sabemos adónde. Un vehículo de esa clase no deja rastro.

—Iremos directamente al valle de la fortaleza, al corazón y al cerebro de ese repugnante imperio de los Élite.

—¿Cómo, cuánto tiempo tardaremos en llegar allá? No poseemos vehículos de transporte como los robiónicos, ahora sólo somos cuatro. ¿Qué podemos hacer?

—Seguir adelante, Donato,

—Es una estupidez, sólo iremos a buscar la muerte. Podemos recomenzar la vida en los bosques, construir nuestra propia fortaleza. Daremos cobijo a los siervos y siervas fugitivos y terminaremos haciendo nuestro propio ejército, que combatirá a los robiónicos de los Élite. Estamos muy lejos de ese valle fortaleza y parece inalcanzable. No conseguiremos nada, ni siquiera conocemos el camino. Si nos equivocamos, perderemos semanas enteras de avanzar por la jungla y mientras, Cirus e Hilma habrán sido torturados y muertos. —Donato se encaró con Jora, preguntando—: ¿Qué les hacen en la tortura?

—Los van desollando vivos y cada vez que arrancan un pedazo de carne, les aplican sal y otros productos que muerden la carne.

—Ya lo oyes, Xaloy, y eso es lo que nos espera si nos capturan; en cambio, podemos escondernos en los bosques. Con el tiempo, seremos fuertes. Además, hay mucho para aprovechar entre los restos de la nave.

—No, Donato, nosotros todavía tenemos algo.

—¿Algo, unas pistolas ultrasónicas? —preguntó, sarcástico.

—Sí.

—Pues a Cirus no le ha servido de mucho. Ha destrozado a unos pocos robiónicos, pero ellos son todo un ejército.

—Tenemos el cañón y algo más importante todavía.

—¿El qué?

—Trajes de supervivencia y tres autocohetes. Si cargamos con los víveres mínimos indispensables...

—Somos cuatro —puntualizó Donato.

Ara y Jora miraban a uno y a otro alternativamente.

—Podemos utilizar dos autocohetes y viajar por parejas.

—¿Por parejas? ¿Quieres decir cargar con el material y con las chicas al mismo tiempo?

—Sí.

—Es una locura, los autocohetes no podrán con tanto peso.

—Si no nos elevamos demasiado, si podrán —objetó Xaloy.

—No llegaríamos muy lejos.

—Si construimos con las planchas del fuselaje de la nave una especie de delta y le aplicamos un autocohete atrás, podemos utilizarlo como motor de propulsión a chorro y por su forma aerodinámica, puede que consigamos llegar lejos.

—¿Pretendes construir un avión de juguete?

—Manos a la obra, Donato, no hay tiempo que perder. Sacaremos los soldadores y cortadores y lo construiremos con los restos de la nave. No hemos de tardar más de cuatro o cinco horas.

—Es muy poco tiempo.

—Ha de ser suficiente.

—¿De qué envergadura piensas hacerlo para que nos transporte a los cuatro?

—Ocho o nueve metros será suficiente. Nos colocaremos tendidos, uno delante para dirigirlo, otro detrás y las dos chicas a los lados. Así, los pesos quedarán equilibrados. El material lo situaremos en el medio.

—¿Y qué distancia piensas alcanzar con este sistema?

—Si nos elevamos lo suficiente, creo que mil millas las conseguiremos. Los autocohetes no han sido consumidos, están perfectos.

—Es una locura, pero podemos intentarlo. ¡Chicas, a trabajar!

Jora y Ara, sin hacerse de rogar, se dispusieron a ayudar a los dos astronautas. Comenzaron a cortar con los soldadores parte del destrozado fuselaje de la nave espacial.

Xaloy tenía una idea muy clara de lo que había que' hacer y se lo explicó a Donato con detalle. Hicieron unos planos básicos en el suelo y ambos trabajaron con rapidez. La fuerza de la propulsión del autocohete vencería pequeñas diferencias y descompensaciones que de tratarse de un arcaico avión de hélice, habrían tenido que contar con ello.

Por otra parte, el acero plástico del fuselaje no era demasiado pesado, pese a lo resistente. Le colocaron nervios para que se mantuviera firme y unos timones que serían movidos manualmente para elevarse o descender. Le colocaron encima unas literas con agarraderas y un armazón con un cristal a modo de parabrisas. Cuatro ganchos serían descendidos por debajo del fuselaje para cuando arribara el crítico momento del aterrizaje.

La experiencia de los astronautas y los medios con que contaban, pues no en vano la nave estaba abastecida para ser autosuficiente en caso de avería, les fueron muy útiles en la difícil situación.

—Bueno, ya está listo —opinó Xaloy, sudoroso y con el torso

desnudo, mostrando el vello de su tórax lo mismo que Donato.

Las muchachas se habían fijado en sus singularidades varoniles, pues jamás habían visto a hombre alguno en aquella forma. Habían sido trasladadas de granja en granja, donde no entraban los hombres ya castrados y mucho menos los seleccionados para sementales, que eran llevados a otras granjas donde se les extraía el esperma que luego era convenientemente transportado a la granja de reproducción, para proceder a la inseminación artificial de las siervas.

—Que me aspen si esto vuela —gruñó Donato, mirando el extraño artilugio.

—Sólo tenemos una forma de averiguarlo.

—¿Cómo? —preguntó Ara, ingenuamente.

—Subiéndonos encima y poniéndolo en marcha. Una vez nos hayamos elevado, la fuerza del autocohete bastará para empujar este cacharro hacia donde deseemos.

Las chicas se tendieron boca arriba sobre la litera. Donato las sujetó con correas para que no pudieran caer y él se situó entre ambas. Xaloy se puso delante con el casco de supervivencia, puesto que iba a tener el rostro pegado a un agujero que había en el fuselaje y a través del cual podría ver la tierra que sobrevolaban.

Aquello distaba mucho de parecerse a una sofisticada nave de las que tantas veces pilotaran antes de partir hacia el asteroide errante, pero si funcionaba sería distinto. Después de todo, sólo tenía que servir para una ocasión, si es que el viaje terminaba felizmente.

Habían enfilado la proa en dirección al cielo, sin demasiados árboles por delante, y preguntó:

—¿Listos?

—Adelante, Xaloy, volvamos a volar. Ya había cogido nostalgia de volar.

A distancia, puso en marcha el motor del autocohete, que despidió un chorro de fuego y fuerza. Todo aquel improvisado avión en forma de delta, tembló. Sufrió una sacudida hacia delante y cuando se deslizó sobre la tierra, adquiriendo velocidad, se metió entre la arboleda y despegó en medio de grandes temblores, que amenazaban cuando menos con expulsar a las dos parejas al vacío o caer todo el aparato al suelo.

Mas, consiguió elevarse por encima de las copas de los árboles y controlado con los rudimentarios elementos por el astronauta capitán Xaloy, giró sobre los árboles, poniendo proa al sudoeste.

El cohete funcionaba perfectamente, conseguida la elevación por el plano inclinado de la improvisada nave.

Las copas de los árboles semejaban devoradas por los dos astronautas y las dos muchachas escapadas de la granja de reproducción.

Ara y Jora temblaban, jamás habían supuesto que llegarían a volar como lo estaban haciendo. Tal como se hallaban sujetas, sólo veían un cielo azul y nítido, donde brillaba un sol espléndido que acariciaba sus cuerpos apenas cubiertos por una camisola, que temblaba sobre su piel a causa del rozamiento del aire.

Sentían frío, pero la emoción era tan grande que apenas lo notaban. Dejaron atrás la masa del gran arbolado de los inmensos bosques para volar por encima de la jungla, donde la vegetación era espesa y de un color verde más claro.

No sólo eran árboles de copas ya distintas a los de los grandes bosques, sino que en aquella selva se abrían grandes zonas pantanosas donde abundaban los reptiles. La flora y la fauna habían recobrado su mundo al carecer del control del hombre que se había apartado de ellos.

Xaloy dedujo que el grupo de los Élite debía ser pequeño cuando no precisaba explotar todo el planeta y mantenía un férreo control de natalidad entre sus siervos, mediante las granjas de reproducción, esterilizando a las demás mujeres y castrando a los siervos obreros, que ya en poco se diferenciaban de las siervas obreras.

Las elevaciones de las montañas cada vez se hacían notar más, perdiéndose de vista la espesa jungla. De pronto, descubrió lo que buscaban.

—¡El valle de la fortaleza! —exclamó Xaloy.

La tierra se abría en un amplio cañón. Abajo, un valle y en el centro del valle, se elevaba una pequeña montaña de duro basalto que no se diferenciaba demasiado de la Torre del Diablo que se alza cerca del río Belle Fourche, en Wyoming, Estados Unidos.

Sobre aquella torre, una fortaleza inexpugnable, de la que habían brotado los cañonazos de láser que derribaran a la nave espacial Orestes242, que no esperaba una agresión de aquel tipo, lo que había impedido que la coraza defensiva fuera colocada a tiempo.

Xaloy no quiso sobrevolar la fortaleza, pues era consciente de que los sistemas de defensa podían ser activados y ahora no tenían ninguna defensa antiláser.

El avión en el que volaban, si es que podía llamarse avión, era un juguete en el aire, muy fácil de derribar. Por ello, voló a ras de barranco y soltó los ganchos que iban a actuar como un brutal tren de aterrizaje.

Manejó los timones adecuadamente y la proa se inclinó en oblicuo. Abajo había visto un terreno que no podía decirse que fuera plano, pero que le pareció bastante aceptable, teniendo en cuenta las circunstancias tan difíciles en que volaban.

Xaloy detuvo el motor del autocohete, por otra parte ya casi agotado. La nave avanzó por su propia inercia, los ganchos tocaron el

suelo y la nave sufrió varias sacudidas, de las que participaron los viajeros de aquel artilugio volante.

Tuvieron la sensación de que iban a ser arrancados violentamente. Los ganchos, más que agarrarse a la tierra, semejaron ararla, haciendo surcos como si se dispusieran a sembrar algún cultivo. De pronto, uno de los ganchos quedó cogido contra el saliente de una roca y tiró con tal fuerza del improvisado avión delta, que le propinó una violentísima frenada, de tal forma que golpeó contra el suelo.

El cable del gancho se partió, la nave avanzó dando tumbos y quedó frenada.

Xaloy levantó la cabeza y apartando el casco, preguntó:

—¿Alguien se ha roto algo?

CAPITULO VII

Desde donde estaban podían observar sin problemas la fortaleza, situada sobre el montículo de basalto. Apenas tenía ventanas y éstas eran pequeñas y estrechas. La fortaleza, sorprendentemente, no parecía tener puerta alguna, por lo que Xaloy opinó:

—Deben tener un ascensor que baja al valle y por alguna cueva túnel, saldrán.

—Buscar esa entrada sería una locura —opinó Donato—. Debe estar súper controlada.

—No se podrá entrar —opinó Ara—. Ellos lo protegen todo, no dejan que unos siervos se mezclen.

—Encontraremos la forma de entrar —gruñó Xaloy, resuelto.

—Eso no va a ser tan fácil —objetó Donato, que parecía haber olvidado momentáneamente sus deseos amorosos. Sus ojos escrutaban la fortaleza, buscando su punto débil para introducirse en ella.

—De una forma u otra, entraremos en esa fortaleza. No cabe duda alguna de que los Élite se esconden ahí dentro; lo que no entiendo es por qué gozando de tanto poder y tiranía sobre el resto del planeta, se ocultan tanto y en un lugar que, siendo grande, ha de resultar pequeño para un grupo dominante.

—La entrada estará supervigilada.

Donato utilizó unos prismáticos y dijo:

—Hay gente trabajando y unos cuantos robiónicos parecen vigilar.

—Los que trabajan deben ser los siervos campesinos =observó Ara.

—Ellos tampoco entran en la fortaleza —aclaró Jora—. Allá sólo entran los robiónicos y los propios Élite.

—¡Malditos Élite! No consigo ver a ninguno, es como si la luz del sol pudiera dañarles —masculló Donato.

—Al sur hay una especie de barracones —señaló Xaloy.

Ara opinó:

—Allí deben dormir los siervos.

—¿Qué te parece, Xaloy?

—Difícil, Donato, muy difícil —reconoció Xaloy.

—Llegar hasta allí va a ser imposible —dijo Jora, pesimista.

—No tanto, tengo un plan —indicó Xaloy.

—¿Cuál?

—Será un plan arriesgado.

—¿De veras tienes un plan, Xaloy?

—Sí, lo que hace falta es que resulte, pero no hay que dar la batalla por perdida antes de luchar.

—¿Hemos de bajar al valle y luego trepar a la fortaleza?
—No.
—¿Entonces?
—Todavía tenemos dos autocohetes que utilizaríamos para ir desde aquí a la propia fortaleza.
—¿Y por dónde entraríamos, cuál es en realidad tu plan?. Por esas ventanas no cabemos.
—Haremos un agujero en la fortaleza disparando con el cañón. Abriremos un boquete en la pared y por él penetraremos en la fortaleza. Luego, se hará lo que se pueda.
—Sí, una vez dentro, habrá que enfrentarse a los robiónicos y a los Élite, que ni siquiera sabemos cómo son. Lo mismo son extra terrestres que unos hijos de perra parecidos a nosotros.
—¿Te consideras un hijo de perra? —bromeó Xaloy.
—No, claro que no. A mí no se me ocurriría jamás formar un grupito y convertir al resto de la humanidad en esclavos.
—Ignoramos qué les ha podido unir, religión, cultura, ciencia.
—¿No será raza, Xaloy? ¿No será un grupito de rubios arios?
—No creo que sea un problema de raza aria, no se llamarían a sí mismos Élite.
—¿Por qué no? Puede que ese grupo dominante sea lo más puro de la raza aria.
—Todo son hipótesis, Donato; hasta que no entremos en la fortaleza, nada sobremos.
—¿Estarán ahí dentro Hilma y Cirus? —preguntó Jora.
—Sólo entrando lo sabremos —respondió Xaloy. Después agregó —: Nos tendremos que separar.
—¿Cómo?
La pregunta de Donato fue respondida por Xaloy sin prisas. Se humedeció los labios con la punta de la lengua y dijo:
—Es posible que los que entren en la fortaleza no vuelvan a salir vivos.
—Sí, es una posibilidad —aceptó Donato.
—Nos separaremos por parejas. Si las cosas van mal, que cada pareja trate de salvarse por sí misma.
—¿Y adonde se irá esa pareja? —preguntó Donato, achicando los ojos mientras las muchachas se interrogaban entre sí con la mirada.
—A la jungla o a la selva, donde crea que mejor puede sobrevivir, amarse y reproducirse. Si ahora no podemos vencer a los Élite y a su ejército de robiónicos, que lo consigan nuestros descendientes.
—¿Y por qué no nos vamos ahora y que sean nuestros descendientes quienes luchen contra los Élite y sus robots?
—Donato, eso ya está discutido. Ahora bien, si quieres dejarnos y marcharte, hazlo, no te lo voy a impedir; pero yo seguiré adelante.

—Era una broma, sigue exponiendo tu plan.

—Una pareja se quedará aquí y disparará el cañón contra la fortaleza. Abrirá el boquete para que la otra se pueda introducir, como ya he dicho antes. Si a la media hora no recibe una llamada contradiciéndolo, disparará contra la base de la fortaleza, empleando la máxima potencia hasta destruirla, si es que se puede conseguir.

—¿Y la pareja que se quede dentro? —preguntó Donato.

—Si a la media hora no ha dado señales de vida, deberemos entender que ha sucumbido ante los robiónicos. No podemos olvidar que están bien armados. Si la pareja que quede fuera ha de huir hacia la jungla o los bosques, que destruya cuanto pueda antes de hacerlo. Nuestro poder ofensivo es escaso, muy limitado.

—El cañón no es grande, pero sí efectivo —puntualizó Donato.

—Poseemos poca munición.

—Creo que la suficiente para hundir ese montículo de basalto con la fortaleza incluida. Por cierto, ¿qué te parece si disparamos ya y la reducimos a polvo?

—Puede que lo consiguiéramos, pero jamás sabríamos quiénes son los Élite y por qué hicieron lo que han hecho. También .podría ser que destruyéramos la fortaleza y no a los Élite.

—Si la alcanzamos de lleno, se viene abajo y no queda nadie vivo dentro.

—Es posible que lo fortaleza sólo sea una especie de tapón de botella, la parte visible del poder que se oculta debajo.

—¿Quieres decir que ellos pueden estar bajo el montículo, en galerías o salas y la fortaleza sólo les sirva de punto de observación, de atalaya o mirador?

—¿Por qué no? Acuérdate de los refugios nucleares que se construían en nuestra época, antes de que nos lanzáramos al espacio para investigar el asteroide errante.

—Sí, claro, podría ser que debajo del montículo existiera un refugio nuclear en el que se esconden esos extraños tiranos.

—Así es, Donato. Es una posibilidad a tener en cuenta.

—En ese caso, nada podremos con el cañoncito. —Palmeó el arma, que no llegaría al metro de longitud.

—De todos modos, no hay que desesperar. La lucha sólo ha hecho que comenzar.

—Falta especificar cómo nos aparejaremos, por si las cosas salen mal.

—¿Dejamos que elijan ellas, Donato?

—Por mí —se encogió de hombros y las miró a las dos alternativamente. Ambas eran jóvenes y hermosas, muy hermosas. Las frías computadoras las habían seleccionado como reproductoras por su perfección como hembras.

—Ara me ha hablado algo del amor. Yo no sé bien lo que es —confesó Jora.

—Yo sí sé lo que es. Me gustaría estar contigo y tener hijos tuyos, Xaloy —manifestó Ara, con espontánea sinceridad.

—¿Y a ti te gustaría tenerlos míos? —preguntó Donato a Jora.

—¿Cuántos hijos?

A la pregunta de Jora, Donato soltó una carcajada.

—Cuidado, Donato, os van a oír —gruñó Xaloy, mirando hacia el valle que dominaban con la vista.

—No temas, Jora Si no quieres más de seis, no te preocupes, que seré cauto.

—Si sólo son seis .. Después de todo, debía tener veinte.

A Xaloy le impresionó la ingenuidad y sencillez de la muchacha y dijo:

—No tendrás más de tres o cuatro, ¿verdad. Donato?

—Oye, Xaloy, ¿no teníamos que formar un ejército para atacar a los robiónicos?

—No te lo habrás tomado en serio, ¿eh?

—Pues claro que sí. Ahora no perdamos más tiempo, Jora y yo iremos a la fortaleza.

—No, iremos nosotros, si es que Ara quiere acompañarme.

—Iré donde tú digas, Xaloy.

—Ya oíste, Donato.

—No tan aprisa. Los dos tenemos el mismo derecho, acuérdate de que ya no hay jefe.

—Entonces, echémoslo a suertes.

—¿Tienes una moneda? —preguntó Donato, muy serio.

—Por supuesto que no la tengo.

—En ese caso, habrá que buscar otra forma de decidirlo.

Antes de que pudieran decir nada más, Jora les llamó la atención.

—¡Mirad, es un vehículo de los robiónicos!

—Xaloy, es un hovercraft, ¿no te parece?

—Sí —asintió, olvidándose ambos de la decisión que dejaban en manos de la suerte para saber cuál de las dos parejas se arriesgaría más entrando en la fortaleza.

—¿Lo destruimos? Desde aquí podemos hacerlo.

—No, Donato, sería delatarnos y parece que aún no han advertido nuestra presencia aquí arriba.

Vieron cómo el vehículo, que se desplazaba sobre un colchón de aire, se metía entre unos árboles que había al pie del montículo de basalto, sobre el cual estaba edificada la extraña fortaleza, desapareciendo luego en las entrañas del oscuro y siniestro monte.

CAPITULO VIII

Cirus se sentía atontado. Tenía el paladar seco y sufría la desagradable impresión de tener la boca llena de algodón. No la podía cerrar bien, sus dientes no tocaban entre sí y tenía mucha sed. Recordaba que le habían rociado el rostro con un líquido pulverizado que debía ser narcótico. Quiso tocarse la cara y no lo consiguió. Tenía las manos a la espalda, unidas entre sí por esposas. De ellas bajaba una cadena que terminaba en unos grilletes que lo sujetaban por los tobillos. Estaba encadenado.

Trató de olvidar el dolor, las sensaciones desagradables de su cuerpo para intentar despejar su mente y ver lo que podía hacer. Todavía estaba vivo.

Junto a él, divisó el yelmo de uno de los robiónicos, aquel yelmo que no ocultaba un cerebro humano, sino un montón de cables, relés y una memoria programada a base de microorganismos, basado todo .ello en el principio de la biónica que había desplazado a la simple electrónica, tan empleada en la segunda mitad del siglo XX.

Hilma estaba ante él, con la cabeza doblada. Aún no había despertado del narcótico que le fuera aplicado.

Al fin, el vehículo que les transportaba se detuvo en una gran sala, cuyas paredes se hallaban iluminadas por una luz indirecta muy débil. Se abrieron las puertas y uno de los robiónicos, con la voz que les caracterizaba a todos ellos, pues sonaban todas igual por brotar de bocinas fabricadas en serie, les dijo:

—Salid.

Cirus vaciló, pero terminó obedeciendo, antes de que le aplicaran algún método desagradable. Hilma, en cambio, no pudo obedecer, pues aún permanecía bajo los efectos del narcótico. Por ello, fue cogida por aquellas manos inhumanas y sacada del vehículo.

Cirus, en parte amodorrado, vio cómo colocaban a Hilma sobre una plataforma rodante con abrazaderas de sujeción. Los robiónicos, una vez estuvo la pequeña sierva obrera bien sujeta, le quitaron las cadenas.

—Tiéndete en la camilla —ordenaron a Cirus.

Cirus no miró la camilla rodante con buenos ojos. Aquellas abrazaderas metálicas no le hacían ninguna gracia e intentó retroceder, pero detrás también tenía robiónicos, no supo cuántos. Luchó contra ellos y consiguió derribar a dos, mas no tenía armas con que defenderse y estaba encadenado.

Las manos metálicas de los robiónicos le sujetaron con una fuerza que, de ser humanas, habría calificado de crueldad. Mas aquellas

manos carecían de crueldad propia, porque eran manos sin sentimientos. Eran simples tenazas que levantaron al fornido Cirus en el aire hasta colocarlo sobre la camilla. Por más que luchó no pudo impedir que las abrazaderas metálicas se cerraran en torno a sus brazos, muñecas, tobillos, cintura y cuello.

Cirus comprendió que no lo iba a pasar muy bien. Las camillas rodantes fueron empujadas hacia el centro de la sala. Comenzó a ver mejor y por encima de ellos, en una especie de altar, descubrió un camarín cubierto por cristal algo oscuro y que despedía reflejos.

Tras el cristal había alguien sentado e inmóvil. Parecía estar observándoles en silencio, sin decir nada, y no era un robiónico.

—¡Élite, hombre de Élite! —gritó Cirus a pleno pulmón. No obtuvo respuesta e insistió—: ¡Élite, o cómo diablos te llames, responde!

Nadie parecía hacer caso de sus gritos.

—¡No podréis dominar la Tierra eternamente, vuestro imperio terminará, malditos seáis, malditos!

Uno de los robiónicos le colocó un casco a Hilma, que había despertado y abierto sus ojos redondos y saltones.

—¡Matadme ya, matadme! —suplicó la chica.

Los robiónicos no entendían de crueldad ni de súplicas; llevaban a cabo metódicamente el trabajo encomendado, programado en sus pequeñas computadoras biónicas.

Prosiguieron y desde lo alto, hasta el casco, descendió una especie de relámpago que se mantuvo vibrando mientras Hilma lanzaba gritos de terror, dolor y desesperación. Todo su cuerpo temblaba sobre la camilla a la que estaba sujeta la infeliz, que sólo había hecho que sufrir en el imperio planetario de los Élite.

La tortura se prolongó. A Cirus se le hizo eterno el tiempo que estuvo escuchando a Hilma. Aquel rayo que caía casi vertical sobre el casco que enfundaba su cráneo la torturaba y el dolor debía ser terrible, ya que la sierva obrera había sido preparada para resistir.

De pronto, como si Cirus hubiera pasado años oyendo los gritos de Hilma, gritos a los que había unido los suyos propios, Hilma dejó de gritar y Cirus escuchó el eco de su propia voz.

Cerró la boca y se produjo el silencio. Torció la cabeza y miró a Hilma. Estaba inmóvil, el color de su piel se había tornado grisáceo y olía ligeramente a quemado.

—¡Maldito Élite, maldito seas, maldito tú y tu parentela!

Los robiónicos no parecían afectarse lo más mínimo por los gritos de Cirus. Uno de ellos tomó la camilla en la que yacían los restos de Hilma cuando desde lo alto de la bóveda de aquella sala descendieron graznando un cúmulo de alas negro azuladas. Se escucharon unos horribles graznidos y el cadáver de Hilma quedó cubierto por el plumaje de las aves de rapiña.

—Cuervos —musitó Cirus, anonadado.

El robiónico siguió empujando la camilla de tortura en la que pereciera la enana Hilma. Los cuervos no hacían el menor caso del robiónico, sabían bien que no era un ser vivo, de sangre caliente.

Cirus comprendió con horror cuál era el final de los torturados hasta la muerte en aquella sala presidida por el ser que se protegía y ocultaba dentro del camarín de grueso cristal un tanto oscuro que no permitía verle bien.

Encima de él y alrededor, había signos que recordaban mucho a los faraónicos del antiguo Egipto.

Cerró los ojos, apretando sus párpados con fuerza para no ver más aquella masa negro azulada que se agitaba batiendo alas y ya no podía graznar porque estaba engullendo los restos de la infeliz joven ejecutada.

Notó que le aprisionaban la cabeza. Quiso sacudirse el casco de tortura y no lo consiguió, parecían habérselo soldado al cráneo. Su camilla fue empujada hacia el centro, de modo que quedaba bajo el camarín en que se hallaba el ser que presidía las ejecuciones.

—¡Asesinos, malditos asesinoooos!

Cirus forcejeó para escapar a las abrazaderas. La camilla tembló, mas no pudo impedir que desde lo alto descendiera el fatídico rayo que coincidía sobre el casco.

Notó entonces un dolor no localizable que se extendía por todos sus nervios, por todas las células de su cuerpo. Su visión se tornó rojiza, todo lo veía rojo y notó, como si no saliera de su propia garganta, un horrible alarido que era la expresión de un dolor insoportable, fruto de la cruel tortura que no parecía tener fin.

CAPITULO IX

La suerte fue echada mediante una piedra plana, más blanca por uno de sus lados y que Ara lanzó al aire.

Donato había gruñido un poco al perder, lo que significaba que él debería permanecer junto al cañón que apuntaba hacia la fortaleza instalada sobre el montículo de basalto.

Ara y Xaloy tratarían de penetrar en ella como insectos voladores. Prácticamente era un suicidio, era morir luchando, no ceder bajo los que dominaban el planeta sometiendo a los terrícolas a la esclavitud más infame conocida a lo largo de todas las civilizaciones, ya que ninguna otra había conseguido diferenciar tanto a sus esclavos allí llamados siervos. Habían sido manipulados físicamente y lo más horrible era la granja de reproducción artificial, como si fueran animales domésticos. La ciencia alcanzada por el hombre se había vuelto contra él mismo.

Xaloy colocó el autocohete a la espalda de Ara, sujetándoselo bien con correas.

—¿Pesa?

—No mucho.

—No tengas miedo. Sentirás un poco de calor en la espalda, pero no te pasará nada.

Ara estaba muy nerviosa, pese a que trataba de disimularlo. Todo era nuevo e insólito para ella, especialmente hallarse al lado de hombres que antes no había visto jamás y que ahora tenía delante.

Deseaba que Xaloy la tocara, que la acariciara. Cada vez que él le pasaba una correa por su cuerpo, por su cintura, por sus piernas u hombros, sufría un estremecimiento apenas contenible, ansiando que él siguiera acariciando, pero no se lo había pedido.

Todo lo nuevo, el hombre, su proximidad, su contacto, el amor en suma, le resultaba muy satisfactorio y agradable y estaba segura de que habría mucho más hasta llegar a una culminación, a un éxtasis que sólo pensar en él le costaba tragar saliva.

—Pulsarás este botón de la hebilla y el autocohete se pondrá en marcha. Si mueves este resorte aumentarás o disminuirás velocidad.

—¿Así?

—¡Quieta! —la atajó Xaloy.

—Sí, quieta —rezongó Donato, medio sonriendo—. Si lo tocas, vas a salir volando ahora mismo.

—Yo no sabía...

—No te preocupes. Con este autocohete aprenderás muy pronto, es muy sencillo. Los movimientos del cuerpo hacen de timón.

—¿De timón?
—Sí. Quiero decir que si deseas ir hacia abajo, inclinas tu cuerpo forzándolo un poco y bajarás; eso lo verás sobre la marcha.
—Sólo tendrá una ocasión para probarlo —advirtió Donato.
—Bastará.
—Sí, Xaloy, será suficiente. No te defraudaré, yo también tengo deseos de acabar con los Élite.
—En ese caso, te llevarás mi pistola —le dijo Donato, colocándosela en el cinturón.
—La pistola te hará falta a ti —advirtió Xaloy.
—No, yo me quedo aquí y tenemos el cañoncito. No vas a ir tú armado y ella desarmada; si te ocurre algo a ti, ¿qué hará ella?
Ara, tocando la pistola, objetó:
—Es que yo no sé usar esto.
El propio Donato volvió a coger el arma y la puso en la mano de Ara. Esta la tomó con recelo, pero el hombre insistió:
—Apunta hacia aquella piedra.
—Es que no sé...
—Vamos, haz caso a Donato —le pidió Xaloy.
Ara, que no quería defraudar a Xaloy, siguió fielmente las indicaciones de Donato.
—Mira por encima de esta muesca y a través de este agujerito...
—Ya miro.
—¿Ves la piedra?
—Sí.
—Aprieta el botón pulsador con el dedo.
—¿Así?
Antes de que Donato pudiera responder, la piedra estalló, fragmentada e irreconocible.
—Magnífico. Si haces lo mismo cada vez que veas a uno de esos robiónicos, vas a ser su maldición, aunque sería mejor que encontraras a uno de los Élite.
—¿He de disparar contra ellos de la misma manera que he hecho contra la piedra?
—¿A ti qué te parece?
—Sí, claro.
—Ara, Ara, tengo miedo por ti —le dijo Jora, abrazándola.
—No temas. Tú ya tienes a tu hombre y yo tengo al mío; si morimos, habrá sido mejor que vivir en la granja de reproducción.
—Tienes razón.
—Donato...
—¿Qué, Xaloy? —inquirió, encarándose con su compañero.
—No tengas prisa.
—¿Prisa, de qué?

—Ya me entiendes. El amor puede esperar, primero hay que destruir a los Élite.

—No temas, esperaremos —aceptó con un suspiro.

Xaloy tendió su diestra al que había sido su segundo, el teniente Donato. Las manos de ambos astronautas se estrecharon con fuerza, con lealtad, olvidadas posibles diferencias. Después, Xaloy se volvió hacia Jora, la tomó por los hombros y la besó en la frente.

—Pues yo hago lo mismo.

—Exactamente lo mismo —puntualizó Xaloy, al ver que Donato cogía a Ara por los hombros y su boca quedaba muy cerca de la femenina.

—Exactamente lo mismo —aceptó Donato, besando a Ara en la frente.

—Dame la mano, Ara.

Las manos se juntaron. Ara sintió la suya dentro de la de Xaloy y le agradó el contacto.

El teniente Donato tenía _el cañón preparado, pero no podría utilizar los obuses neutrónicos, pues con ellos aniquilaría toda posibilidad de vida, incluida la de Xaloy y Ara, que caerían inmediatamente sobre la zona afectada. Por otra parte, los obuses termonucleares los reservaba para destruir la fortaleza si era preciso, el propio montículo de basalto.

El cañón quedó pues dispuesto para disparar un chorro de ultrasónico, pero con una potencia veinte veces superior a las posibilidades de las pistolas que llevaban Xaloy y Ara.

—¿Listos? —preguntó Donato.

—Sí, cuando quieras —asintió Xaloy. Mirando a Ara, le dijo—: Cuando sientas un tirón en la mano, con la otra pulsa el botón del autocohete.

—Sí, Xaloy.

—¡Ahí va! —exclamó Donato y disparó el cañón.

El chorro invisible de ultrasonido a gran frecuencia fue directo hacia uno de los ventanucos de la fortaleza, uno aquellos pequeños agujeros por los que no podía pasar un ser humano.

Se escuchó un fuerte ruido y saltaron cascotes alrededor de la ventana, abriéndose un boquete.

Xaloy pulsó el botón de su autocohete y salió impulsado hacia lo alto. Ara, al notar el tirón en su mano, hizo lo mismo y su autocohete se puso en ignición, propulsándola hacia delante.

Cogidos de la mano, volaron hacia la fortaleza cruzando por encima del valle cultivado por los siervos campesinos vigilados por los robiónicos.

Xaloy condujo a Ara en la dirección adecuada, ya que ella apenas podía auto controlarse en vuelo. El agujero abierto por el cañón

estaba ante ellos, siniestro y maligno. El disparo había sido efectivo, pues la anchura era suficiente para que la pareja entrara al mismo tiempo en la fortaleza. Así lo hicieron, al tiempo Xaloy pedía a Ara:

—Pulsa el botón.

—¿Cómo?

Xaloy estiró su mano y dio un golpe a la hebilla de Ara. El autocohete de la chica se detuvo y un segundo más tarde, el hombre hizo lo propio con el suyo. Ara habría caído al suelo, a causa del impulso que llevaba por la fuerza del autocohete, de no sujetarla el astronauta, acostumbrado a volar.

—¿Estás bien, Ara?

—Sí, sí, estoy bien.

Xaloy miró en derredor. Estaban ya dentro de la fortaleza de los Élite, los seres que habían fabricado aquellos robiónicos que vigilaban, controlaban y sometían a los habitantes de la Tierra y de forma insobornable.

Se hallaban en una estancia desierta que olía a humedad. Todo era de piedra y a su izquierda había una escalinata descendente.

—¿Adónde vamos?

—Es posible que pronto vengan a ver lo que ha sucedido. Se ha hecho mucho ruido al agrandar la ventana para que pudiéramos entrar en la fortaleza.

—¡Cuidado, Xaloy, un robiónico!

Ara le alertó de la presencia de uno de los robiónicos que había salido por una puerta que daba al amplísimo rellano de la escalera descendente.

El arma de Xaloy soltó un chorro de ultrasónico a alta frecuencia. El robot sufrió la sacudida exterminadora. Una pequeña explosión y se despanzurró, saltando cables, muelles y el líquido espeso de su cerebro orgánico artificial.

—¡Vamos por esa puerta y veremos de dónde venía!

Ara llevaba también la pistola en la mano y ninguno de los dos se había desprendido del autocohete, sujeta a su espalda por si tenían que utilizarlo en algún momento, viéndose en peligro.

Rodearon los restos retorcidos del robiónico y atravesaron la puerta, quedando en una amplia sala que también olía a humedad y estaba iluminada por la luz que penetraba a través de un cristal situado en el techo, un cristal que debía ser especial, a juzgar por la forma en que esparcía la luz en la sala, una luz verdosa y extraña.

—¡Mira, Xaloy!

—Sí, ya lo veo.

En la sala aparecían unos sarcófagos de cristal tendidos sobre pilares de granito y dentro de ellos yacían seres momificados. Xaloy se acercó para observarlos mejor.

—¡No te acerques, me dan miedo! —suplicó Ara.
—Tranquilízate.
—Pueden salir y...
—Parecen muertos.
Había polvo y Xaloy lo apartó con su mano. Observó los resortes de cierre y optó por apuntar hacia ellos con su pistola, colocándola al mínimo de potencia. Disparó, descerrajándolos.
—¿Qué vas a hacer?
—Verlo más de cerca.
Ara, asustada, vio cómo Xaloy levantaba la pesada tapa de cristal y se encaraba con la momia.
—¿Ves? No hace nada.
Ara se acercó. Dubitativa, preguntó:
—¿Es un Élite?
—Seguramente. En principio, ya sabemos que no tienen un aspecto distinto al nuestro.
—¿Qué quieres decir?
—No parece extraterrestre. Yo diría que tiene un aspecto similar al de los antiguos egipcios, aunque no podría jurarlo. Ignoro cuánto tiempo hace que está aquí pero se conserva muy bien.
—¿Y qué puede significar?
—Que estos seres dan' una gran importancia a la vida después de la muerte.
—¿Y qué esperan después de la muerte?
—Supongo que un paraíso con más esclavos —contestó no exento de sarcasmo.
Xaloy apuntó con su pistola a la cabeza de la momia y dio más potencia al graduador.
—¿Qué vas a hacer, Xaloy?
—Nada importante, sólo es una cuestión de principios. Este sujeto os esclavizó e hizo cosas horribles: Granjas de niños, granjas de mujeres para la reproducción artificial de seres humanos, tortura, en fin... Si pretendió ser eterno, no lo conseguirá.
Sin vacilar, Xaloy oprimió el botón de la pistola y la cara de la momia se convirtió en residuos polvorientos.
—Tienes razón.
Ara volvió su pistola hacia otro de los sarcófagos y disparó su arma, destruyéndolo.
No dejaron entero ni uno solo de los sarcófagos. La guerra entre ellos y los Élite con sus robiónicos iba a ser total. Xaloy era consciente de que destruyendo aquellas momias hacía un gran daño psicológico a los Élite con los que ansiaba encontrarse.
—Salgamos de aquí.
—¿Nos estarán buscando?

—Es posible que sí, hemos armado mucho ruido, claro que aquí las paredes son muy gruesas y los sonidos no se transmiten con facilidad.

Salieron de la sala y pasaron junto al robiónico destruido. Descendieron por la amplia escalera, apenas iluminada. Oyeron ruidos y Xaloy ordenó a la joven:

—Quieta.

Ara contuvo hasta la respiración y aguardó junto a Xaloy. Este se asomó por la baranda de piedra y más abajo, subiendo por la escalinata hacia ellos, descubrió un grupo de cuatro robiónicos armados con una especie de fusiles de boca ancha.

—Prepara la pistola, Ara —cuchicheó al oído de la joven.

—¿Hay que disparar?

—Sí. Cuando yo lo haga, te asomas a la baranda y dispara contra los robiónicos, son cuatro. Yo haré lo mismo y si hay suerte, los exterminaremos antes de que puedan reaccionar.

Se asomaron al unísono y comenzaron a disparar contra los robiónicos, sorprendiéndoles.

Los robots biónicos saltaron hechos pedazos, destruidos, sin tiempo para replicar. Eran más lentos que un ser humano, aunque posiblemente sus poderes de destrucción fueran muy superiores y también su fuerza. Tampoco eran nada astutos, el astronauta Xaloy ya se había dado cuenta de ello y pensaba sacar partido.

—¡Abajo!

Ara descendió los peldaños junto al hombre y saltaron por encima de los restos de los robots, dejándolos atrás.

—Esperemos que no hayan tenido tiempo de avisar a sus compañeros. Deben estar todos intercomunicados por frecuencia modulada o algo por el estilo. Aquí dentro, el láser sirve de poco, los muros son muy gruesos.

Se encontraron con otra sala muy parecida a la anterior, aunque en ésta había el doblé de sarcófagos con momias. Las paredes mostraban bajorrelieves al estilo egipcio, pero mucho más perfectos, no tenían tanta sencillez.

—¿Qué significa esto, Xaloy?

—No lo sé, pero es posible que explique algo de la vida de estos seres momificados aquí como los antiguos egipcios.

—¿Egipcios?

—Sí, fue una civilización milenaria. En fin, sería largo explicártelo ahora.

—Mira, ahí parece como si los hombres surgieran de la Tierra —indicó Ara, fijándose en el primero de los bajorrelieves.

La luz era escasa, en aquella sala entraba a través de unas pequeñas ventanas controladas por gruesos cristales también

verdosos. No había otra luz ni más objetos o mobiliario que los sarcófagos sobre pilares de granito, dejando el centro de la sala vacío.

—Sí, parece como si surgieran del interior de la Tierra —asintió el hombre—. Esto parece el planeta…

—No entiendo nada, Xaloy.

—El planeta, el lugar donde vivimos, se llama Tierra. Es redondo, míralo, aquí está… Por el grabado, es como si estos seres procedieran del Polo Sur, de la Antártida… No lo entiendo.

—Mira, aquí vuelan alrededor de la Tierra, como nosotros, y disparan rayos.

—Es verdad, Ara, es la destrucción del planeta. Debió ser el principio de la guerra que provocaron esos desconocidos contra los habitantes de la Tierra. Lo que no comprendo es cómo lograron vencer.

Observaron el siguiente grabado y Xaloy reconoció un mapa en el que estaban marcadas las ciudades más importantes del mundo. Las señaló con el dedo.

—Nueva York, Londres, París, Moscú… Debieron disparar sus rayos contra las ciudades, desde el aire. Por lo visto no eran muchos, pero consiguieron su objetivo de invasión. Es posible que utilizaran algunas armas especiales, bioquímicas o neutrónicas, algo que aniquilara a miles de millones de seres humanos.

—Y ellos se hicieron los amos.

—Así fue, Ara. Debieron contentarse con un grupo reducido de esclavos, quizá millares, quizá un millón, no lo sabemos ahora. Al resto lo aniquilaron.

—¿Por qué?

—Nos lo tendrán que aclarar cuando los encontremos, pero es posible que ellos fueran pocos y comprendieran que no serían suficientes para controlar a millones 'de enemigos sometidos. Por lo visto, no utilizaron a los robiónicos para la guerra; debieron ser una invención posterior y hasta es posible que, desgraciadamente, a los robiónicos los encontraran en construcción en una factoría de los derrotados. Debieron pensar que construyéndolos ellos podían utilizarlos para sus fines.

—Sí, mira, ahí están los robiónicos —dijo Ara, señalando otro de los bajorrelieves.

Se podía ver algo que recordaba a una factoría y la forma en que se componía un robot biónico. A la derecha de la imagen aparecían los hombres de Élite rodeando a uno de los robiónicos.

—Encontraron su criado perfecto. En él podían confiar, jamás les traicionaría.

—Entonces, ¿los robiónicos no eran sus soldados?

—Por lo que cabe deducir, no, los descubrieron des pues. Debían

ser de la civilización que yo dejé y los Élite supieron aprovecharlos. Lo que me extraña más es eso de que salieran de la Tierra.

Xaloy regresó a los bajorrelieves que viera con anterioridad, que reflejaban la aparición de los invasores del planeta. Parpadeó, desconcertado.

—¿Qué te pasa? —preguntó la muchacha.

—Es increíble.

—¿El qué?

—Parece como si estos seres hubieran vivido debajo del Polo Sur, bajo la Antártida.

—¿No se puede vivir allá?

—No, es el continente de la tierra helada. Había leído historias de ficción, de aventuras, relativas a que debajo de la Antártida existía otra especie de mundo iluminado por pequeños soles, ya que se suponía que la Tierra era hueca.

—¿Y lo es?

—Si hacemos caso de esos bajorrelieves, parece que sí. Pudo desarrollarse una civilización bajo la Antártida. Para ellos, el exterior significaba otro universo y si se decidieron a salir guerreando, sería por alguna causa, posiblemente algún cataclismo interno, un terremoto o alguna filtración del agua de los océanos. La verdad es que sería fantástico explorar ese supuesto mundo que al parecer existía, pues de allí salieron los Élite y no vinieron de otros planetas. Vivían dentro de la Tierra y la verdad es que tienen un paralelismo con los milenarios egipcios; ellos también eran unos pocos privilegiados que sometían al resto del pueblo.

—¿Saldrían también esos egipcios de los que hablas del interior de la Tierra?

—No lo sé, la historia de los egipcios también encierra muchos enigmas jamás aclarados.

—¿Es tan importante averiguar de dónde salieron?

—Siempre es importante descifrar los enigmas y más en este caso, que se trata de saber de dónde salieron los invasores del planeta que exterminaron a miles de millones de seres humanos y esclavizaron a los pocos que quedaron vivos para que les sirvieran según sus necesidades.

—¿Destruimos las momias?

—No, no ahora, hay que procurar conservar el máximo de esta sala. Lo que hemos hecho arriba, casi ha sido un desahogo. Salgamos de aquí, ya tendremos tiempo de regresar, si es que los robiónicos no nos lo impiden. Lo que parece es que hemos venido a parar al santuario de las momias invasoras y no al recinto donde viven los Élite.

Abandonaron la sala y volvieron a bajar por la escalinata.

Xaloy dedujo que ya habían rebasado en descenso la altura de la fortaleza, por lo que debían estar adentrándose en el interior del montículo sobre el que ésta se levantaba.

. Llegaron a otra sala más amplia, con iluminación artificial. Hasta aquel momento no había salido nadie para detenerles, era como si hubieran terminado con los robiónicos vigilantes.

—¡Xaloy, allí, mira!

—Sí, ya veo —exclamó, quedando absorto ante las luces multicolores y parpadeantes que semejaban miríadas de ojos malignos que escrutaban a los intrusos que ellos eran.

Ara jamás había visto nada semejante y sus pupilas se inundaron de chisporroteos policromos que le parecían bellos, pero que no entendía. Por supuesto, tampoco llegaba a comprender el poder infernal de cuanto había allí. .

CAPITULO X

—¿Crees que los matarán?

Jora, tumbada en el suelo boca abajo, se asomaba ligeramente por el borde del abismo, manteniéndose vigilante para no perder de vista la fortaleza. Junto a ella estaba Donato y al otro lado, el cañón, preparado con un obús termonuclear de pequeñas dimensiones, pero de una efectividad destructiva de gran consideración.

—Xaloy es muy rápido y muy listo, no es fácil que lo maten; sin embargo…

—Piensas que los matarán, ¿verdad?

—Sólo son dos y ahí dentro ha de haber un enjambre de robiónicos.

—Xaloy está empeñado en destruirlos.

—Sí, la verdad es que está en lo cierto. Yo también hubiera entrado ahí, lamento haber perdido, pero ahora ya está hecho. Cuando pasen treinta minutos, si Xaloy no nos ha llamado, esa fortaleza quedará reducida a cascotes y todo lo que hay en el valle será cenizas.

—¿Incluidos los siervos?

—Lo siento, pero un obús, al explotar, no puede hacer diferencias. Quizá sea mejor para ellos, con la muerte dejarán de ser esclavos. Si pudiera impedir su muerte, lo haría, pero para destruir a los Élite debo arrasarlo todo.

Puso el teletransmisor en su mano, era pequeño y brillante. Jora lo miró y preguntó:

—¿Seguro que oirás a Xaloy por aquí?

—Sí, él tiene otro igual.

—Tengo miedo de que les pase algo.

—Esto es una guerra y en una guerra nunca se sabe, Jora.

—Hilma y Cirus desaparecieron, posiblemente ya estén ejecutados con tortura.

—Ese era el castigo por la fuga, ¿verdad?

—Sí.

—Esos condenados sabían meter el miedo en vosotras.

—Morir es malo, pero la tortura es cien veces peor.

—Lo es, ciertamente.

Donato pasó su mano libre por encima de la cintura de Jora, mientras con la otra sostenía el pequeño tele transmisor. Jora ladeó su bello rostro hacia el hombre y le miró entre interrogante y sumisa.

—Los siervos no son como vosotros —dijo, bajito.

—Lo serán cuando dejen de ser esclavos, cuando ya no los puedan

manipular, cuando no les estropeen los sesos con los malditos electrodos, cuando no sean castrados para convertirlos en bueyes de carga.

—¿Ocurrirá eso alguna vez?

—Sí.

—Si ellos no salen vivos... —musitó, señalando hacia la fortaleza sin hacer ningún movimiento para rechazar la mano que ceñía su cintura. Aquello animó a Donato, que estaba ansioso de dar y recibir amor.

—De todos modos, si Xaloy y Ara no regresan, destruiremos la fortaleza y marcharemos hacia los bosques. Tú y yo podemos comenzar una nueva generación. Yo sé muchas cosas y quedan todavía muchos objetos aprovechables en la destruida nave espacial.

—No sé hacer nada, Donato, nada. Me prepararon para ser madre un año tras otro, hasta el agotamiento.

—Yo te enseñaré todo lo que haga falta, no te preocupes.

Se inclinó sobre ella y su voz se hizo más ronca. La besó ligeramente en la oreja y notó que bajo su brazo, la muchacha se estremecía, lo que indicaba que recibía bien sus caricias. No era insensible y el juego amoroso sólo había hecho que comenzar.

—¿Qué haces, Donato? —preguntó ella débilmente.

—Tenemos tiempo.

—¿Para qué?

—Para aprovecharlo.

—¿Cómo?

—Ya lo verás.

Jora notó la presión del cuerpo masculino sobre ella; casi no se podía mover, pero tampoco deseaba escapar. Se sentía placenteramente sujeta por el hombre. Estiró sus brazos con las palmas boca abajo, tocando la tierra, y sus pies también se separaron.

Donato dejó sobre el suelo el tele transmisor, muy cerca de sus cabezas, para poder oírlo si llegaba alguna llamada a través de él. Si oían la voz de Xaloy o Ara pidiendo auxilio o que retrasaran el momento de reducir a escombros la fortaleza, actuarían.

—Xaloy ha dicho que no, que no —protestó suavemente Jora.

—Olvida a Xaloy.

—No puedo, están en peligro.

—Si sucede algo desagradable, ya habrás conocido el amor, Jora. Verás cómo es algo importante, muy importante.

—Es que estamos vigilando...

—Y seguimos vigilando, no te preocupes —le dijo, besándole el nacimiento de la espalda y los hombros, haciendo que la muchacha se estremeciera más y más.

—Habrá tiempo para que me enseñes cosas, Donato, mucho

tiempo.

—Quizá no, a lo peor hemos de huir. Ahora tenemos unos minutos preciosos para nosotros.

—No, no, no... ¡Sí, sí, sííí! —gimió ella al fin, enturbiándosele la mirada.

Jamás se había sentido tan bien; sin embargo, tenía un ligero temor que no sabía concretar.

Movió su mano izquierda y al hacerlo, desplazó el tele transmisor. Donato, viendo lo que ocurría, estiró su mano rápidamente, tratando de evitar lo ya inevitable.

—¡Cuidado!

—¿Qué?

—¡Maldita sea, el transmisor! —rugió el hombre, enfriándose de golpe.

Se tiró de costado para tratar de alcanzar el aparato que cayó por el borde.

Donato arañó la tierra con sus dedos, mas no consiguió su propósito. Sabía que si perdía el tele transmisor, ya no podría establecer contacto con Xaloy y Ara y si pasaban los treinta minutos sin recibir aviso de la pareja que se hallaba dentro de la fortaleza, no estaría seguro de disparar el cañón o no.

Se asomó por el barranco y miró hacia abajo. El pequeño aparato brilló ante sus ojos, pero estaba unos pies más abajo, en un saliente donde había crecido una mata que lucía en su cresta un par de flores azuladas.

—¡Ahí está!

—¿No ha caído abajo del todo?

—No, Jora, míralo.

La mujer, más recuperada, miró hacia el abismo y descubrió también el pequeño transmisor.

—Sí, está ahí, pero no podremos cogerlo jamás.

—No tenemos cuerdas aquí —gruñó Donato, maldiciendo su suerte.

—¿Qué haremos ahora? No podrás disparar contra la fortaleza.

—Algo hay que hacer, no vamos a estropear todos los planes.

—Ahí no llegamos —observó Jora apurada, estirando la ropa de su camisola, que se hallaba alzada, arrugada sobre lo alto de la espalda.

Donato se asomó más al borde del abismo y se inclinó, tratando de alcanzar con sus dedos el teletransmisor, mas no lo consiguió.

—¡Cuidado, Donato, vas a despeñarte!

Donato miró hacia abajo, la altura era muy considerable. Carecía de vértigo, pero era consciente de que si se despeñaba, la muerte era segura. Casi doscientos metros más abajo había rocas y árboles, no tenía salvación alguna; sin embargo, se arriesgó y se fue inclinando

más y más, jugándose la vida para alcanzar el teletransmisor.

Jora, asustada, vio cómo el hombre se inclinaba tanto en su desesperada obsesión por alcanzar el teletransmisor, que las piernas se le alzaron hacia arriba, basculando.

—¡Jora!

El grito de Donato encerró toda la desesperación de quien era consciente de que había llegado su fin. Iba a caer en brazos de la muerte, después de recorrer el abismo en una caída en vertical que terminaría con el reventamiento de su cuerpo.

No tenía dónde agarrarse y la parte superior de su cuerpo se había desplazado en exceso hacia el abismo, descompensándose.

Jora, instintivamente, se lanzó sobre los pies de Donato, cargando su cuerpo sobre ellos, lo que volvió a nivelar el cuerpo del hombre. Por una fracción de segundo, evitó la caída de Donato al vacío.

Notándose sujeto por los pies, Donato retrocedió reptando y cuando estuvo a su lado, jadeó sudoroso:

—De buena me has librado, Jora. Tú, tan pequeña y yo tan pesado, comparado contigo, y me has salvado.

Resopló, estaba congestionado.

—Qué susto me has dado, Donato, creí que te ibas abajo.

—Y si no llega a ser por tu decisión, ahora estaría abajo. Parece que todo me sale mal. —Volvió a asomar la cabeza hacia el abismo y sus ojos se concentraron sobre el objeto que deseaba recuperar.

—Ahí sigue el maldito —gruñó.

—Ya no podremos cogerlo.

—¿Confías en mí, Jora?

Ella se lo quedó mirando con expresión interrogante.

—Sí, confío en ti.

—Entonces, tú cogerás el aparatito.

—¿Yo?

—Sí, confía en mí.

—Pero ¿cómo?

—Yo te cogeré por los pies, peso mucho más que tú.

—Haré lo que tú digas, Donato.

—No temas, te sujetaré bien, mis manos son fuertes.

—Sí, claro, son fuertes.

—Anda, ponte de rodillas junto al abismo —le dijo, sonriéndole, para infundirle confianza y dándole una palmada en las redondeadas nalgas.

Jora tragó saliva al ver el abismo frente a ella, mientras permanecía de rodillas. Entonces notó que las manos de Donato se cerraban alrededor de sus tobillos.

—Vete inclinando hacia delante.

Jora obedeció hasta quedar suspendida en el vacío. Sus ojos

miraron el pequeño teletransmisor que ansiaban recuperar.

—¡No llego!

—Ya te iré bajando. No temas, no te soltaré.

Jora confió totalmente en Donato y sintió que se desplazaba cabeza abajo. Se dio cuenta de que ya estaba toda vertical, que las manos del hombre asomaban también por el vacío, sujetándola por los tobillos mientras la camisola se deslizaba por la suave piel femenina, cayendo sobre sus axilas.

—Un poco más, Donato, un poco más —pidió Jora, rozando con las yemas de los dedos el teletransmisor.

Arriba, por el esfuerzo y la tensa situación, Donato sudaba copiosamente.

La muchacha, siempre cabeza abajo, descendió un poco más y sus dedos rozaron el teletransmisor, que se desplazó más hacia el abismo, estando a punto de caer totalmente, una débil ramita lo impidió.

Jora, sudorosa, volvió la cabeza hacia arriba y vio el rostro de Donato congestionado por el esfuerzo. Sus brazos asomaban ya enteramente en el vacío. Si sus dedos fallaban, nadie podría salvar a Jora, que caería de cabeza, en picado hacia las rocas que se hallaban al fondo del barranco.

—¡Vamos, Jora, cógelo, cógelo!

Ella estiró sus dedos con un cuidado infinito, para que el pequeño aparato no cayera al vacío. Al fin, lo atrapó.

—¡Ya está!

Donato comenzó a ascender el cuerpo femenino como si fuera el de un animalito recién capturado.

Lo izó del todo y lo apartó del abismo. Se abrazaron, se estrecharon y el sudor de ambos se mezcló, mientras' jadeaban, buscando tranquilizar sus agitadas respiraciones. Se habían salvado.

CAPITULO XI

—¿Qué es esto, Xaloy?

—Un cerebro biónico de grandes proporciones. Posiblemente controle todo el sistema de los Élite a distancia.

—¿Todo el sistema?

—Sí, granjas incluidas. Los robiónicos recibirán las órdenes de este cerebro biónico, que a través de alguna de sus células nos estará controlando.

—¿A nosotros? —preguntó Ara, que no alcanzaba a comprender.

—Sí.

—¿Tiene vida propia?

—En cierto modo, sí. Es como uno de los robiónicos, pero infinitamente más poderoso.

Ara hizo ademán de avanzar hacia las luces, como atraída por una fuerza extraña e invisible. Xaloy la contuvo.

—Quieta, espera.

—Si no pasa nada. Mira qué bonitas son sus luces...

—¡Espera!

Xaloy sacó un pañuelo de su bolsillo. Hizo una pelota con él y la arrojó hacia el cerebro electrónico. Antes de que pudiera llegar, aparecieron unos rayos laterales que redujeron el pañuelo a cenizas.

—¿Lo has visto? Tiene una barrera defensiva, un campo eléctrico de alta frecuencia que destruye todo lo que se le acerca demasiado. Es su autoprotección; si hubieras continuado avanzando, ahora estarías muerta.

—Es que sus luces son tan bonitas —dijo Ara, como hipnotizada.

Xaloy comprendió que la muchacha estaba en peligro. Se sentía dominada por el cerebro biónico, que iba a destruirla, atrayéndola hacia su campo eléctrico de alta frecuencia.

Xaloy disparó su pistola contra el cerebro electrónico, empleando la máxima potencia del ultrasónico, que cruzó la barrera eléctrica.

Las luces comenzaron a chisporrotear, se inició un petardeo y brotó humo por unas celdillas. Olía a quemado y pequeñas llamaradas salieron del cerebro bioelectrónico que, acusando los disparos de ultrasónico, se iba descomponiendo, reventando interiormente.

Se dispararon unas sirenas y una bocina que sonaba lo mismo que la de los robiónicos, comenzó a hablar incoherentemente. Xaloy sabía que aquello significaba que le había acertado en un punto vital, provocando cortocircuitos que destrozaban el cerebro electrónico, que a distancia controlaba a los robots.

Posiblemente, el macrocerebro recibía datos de los robiónicos, los

computaba y enviaba órdenes a otros robiónicos, según las necesidades. Desde aquel lugar se controlaba todo, absolutamente todo.

Ara, ya más dueña de sí, disparó también contra la máquina bioelectrónica, que ahora no cesaba de ofrecer estallidos mientras planchas y luces saltaban. Era como si se hubiera provocado una reacción en cadena y la máquina proseguía destruyéndose a sí misma hasta el fin.

—¡Vámonos de aquí, Ara, vámonos! —apremió, cogiéndola de la mano.

Salieron de la sala que se llenaba de un humo que asfixiaba y hacía toser. Mientras el gran cerebro biónico iniciaba su agonía, la bocina parlante no cesaba de hablar.

Al salir a la escalinata que podía seguir descendiendo, vieron a varios robiónicos. Unos subían y otros bajaban, como si se hubiera apoderado de ellos el más absoluto desorden y descontrol; sin embargo, para evitar desagradables sorpresas, Xaloy disparó contra ellos, destruyéndolos.

Ara hacia lo mismo y los robiónicos reventaban. Sus cuerpos se abrían y aparecían hilos, resortes, el jugo denso de sus pequeños cerebros biónicos, compuestos de miles de diminutas bacterias que eran las que conservaban la memoria programada.

—¿Adónde vamos, Xaloy?

—Más abajo, el tiempo pasa; Donato estará impaciente.

Siguieron descendiendo. La escalinata parecía interminable, como si pretendiera sumirse en el abismo de los infiernos. La luz era escasísima. Al fin, llegaron a una gran sala.

—¡Xaloy, es Cirus!

Xaloy quedó quieto, impresionado. Cirus estaba sujeto a una camilla por abrazaderas. Desde lo alto brotaba un rayo que coincidía sobre el casco que Cirus tenía apresándole el cráneo. Tras él había un robiónico vigilando, mas no parecía reaccionar ante la presencia de la pareja.

—¡Maldito!

Xaloy disparó su pistola contra el robiónico, que cayó como los demás, reventado por el impacto de la alta frecuencia del ultrasónico.

Se acercó a la camilla y la empujó con el pie. El rayo desapareció.

—¡Cirus, Cirus!

Ara escuchó unos siniestros graznidos que descendían desde lo alto. Pudo ver una nube de alas negro azuladas; eran los cuervos que anidaban en la bóveda de aquella sala y que reclamaban su presa.

Ara disparó contra ellos, moviendo la mano en abanico. Un buen número de cuervos cayeron aleteando desacompasadamente entre estertores de agonía, mientras los otros, intuyendo el peligro,

remontaban el vuelo graznando con más fuerza, expresando su miedo.

—Está muerto —musitó Xaloy, con sentimiento, con dolor ante la extinción de la vida del que había sido su compañero durante siglos, aunque hubiera sido en estado de hipercryogenización.

Cirus estaba quemado por dentro; su muerte debía haber sido terriblemente dolorosa.

—¿Y Hilma?

Xaloy observó a su alrededor y descubrió otra camilla algo más lejos. Se acercó un poco y se detuvo al ver huesos desperdigados.

—No mires, Ara, no mires,

La joven apartó la mirada, pero se fijó en los cuervos que, abatidos algunos de ellos, seguían golpeando el suelo con sus alas, heridos de muerte.

—¡Xaloy!

—¿Qué?

—¡Mira arriba!

Ara apuntó con su dedo hacia el camarín, protegido con un grueso cristal oscuro y que ocultaba a un ser.

Xaloy disparó contra el cristal y éste estalló, haciéndose añicos. Del camarín cayó hacia delante, sobre la propia camilla de Cirus, el ser que allí se encontraba.

—¡Cuidado, Ara!

Ara quedó quieta. Todo le parecía increíble, no sabía cómo reaccionar. Seguro que aquel ser era también un Élite.

Xaloy se acercó a la camilla, observó al caído y anunció:

—También es una momia.

—¿Todo son momias?

—Así es, Ara, todo son momias.

—Yo creía que eran seres vivos. ,

—Y yo también, pero por lo visto son momias.

—Entonces, ¿cómo podían esclavizarnos?

—A través de sus robiónicos. Han seguido imperando después de su propia muerte, algo que nadie había conseguido todavía. Es horrible, pero, por lo visto, las cosas no les fueron bien a estos seres repugnantes por sus hechos. Alguna enfermedad, quién sabe si una esterilidad, el caso es que fueron muriendo y no se reprodujeron. Los robiónicos debían estar programados para irlos momificando a medida que fallecieran. Los robiónicos no tenían por qué entender que se habían quedado sin amos. Ellos seguían ejecutando las órdenes que les enviaba el cerebro biónico más la programación que cada uno de ellos llevaba dentro de su cuerpo artificial. Los Élite debieron morir todos, sin remedio, pero dejaron las cosas dispuestas para continuar tiranizando a sus siervos. Supongo que debajo del montículo habrá una pila nuclear que alimenta todo este sistema y

que tendrá fuerza durante siglos y siglos. Los robiónicos podrían reparar cualquier defecto. Es horripilante, pero los Élite han seguido tiranizando incluso después de su muerte, gracias al poder de los robiónicos.

—¿Y ahora?

—Habrá que ponerse en contacto con Donato y Jora.

Sacó el teletransmisor y trató de llamar, mas sonó un silbido constante.

—¡Maldita sea!

—¿Qué sucede, Xaloy?

—No podemos conectarnos con ellos.

—¿Por qué?

—Debemos hallarnos en el interior del montículo de basalto y las ondas de este emisor no consiguen traspasar las paredes. —Miró el reloj y dijo—: Sólo quedan cuatro minutos.

—¿Para qué disparen?

—Si disparan y estamos aquí dentro, no saldremos jamás.

—¿Por dónde salimos?

—Será mejor que salgamos por el mismo lugar por donde hemos entrado. Si escogemos otro camino, corremos el riesgo de perdernos y el tiempo corre. Si no oyen nuestra llamada, creerán que nos han matado y destruirán la fortaleza.

Cogidos de la mano, comenzaron a ascender rápidamente por aquellas escalinatas que si habían sido fáciles de bajar, ahora costaban de subir.

Se encontraron con dos robiónicos. Xaloy y Ara se detuvieron, les apuntaron, pero comprendieron que no serían atacados.

—Están inmóviles.

—Será por la destrucción del gran cerebro biónico. Han dejado de recibir órdenes y se han parado como un reloj inservible.

—¿Ahora ya no son peligrosos?

—No, Ara. Creo que en todas partes, en las granjas, en las minas, en los lugares de trabajo, todos los robiónicos se habrán detenido como estos dos. Ya no esclavizarán más a nuestros hermanos los terrícolas que pueblan todavía la Tierra, tras el brutal exterminio que hicieron estos seres salidos del interior de la Antártida.

—¿Y qué harán los siervos y las siervas?

—Cuando se den cuenta de que los robiónicos ya no actúan, dudarán, pero luego los derribarán y escaparán en todas direcciones, será su grito de libertad.

Cada vez salía más humo de sala del cerebro biónico y aquel humo debía ser observado por Donato y Jora, que vigilaban la fortaleza.

Siguieron ascendiendo por la escalera hasta llegar al lugar por el que entraran. Allí estaba la ventana ensanchada por el impacto del

chorro de ultrasónico a alta frecuencia, lanzado por el cañón que manejaba Donato.

—No hay tiempo, Donato va a disparar —dijo Xaloy, mirando su reloj.

Se cogieron de la mano y oprimieron el botón que accionaba los autocohetes. Éstos entraron en ignición y salieron volando por el agujero, justo cuando el cañón de Donato era disparado.

El obús termonuclear voló hacia la base del montículo de basalto, sobre el cual estaba edificada la fortaleza convertida ya en panteón de los Élite, aquellos seres momificados que habían seguido esclavizando a sus víctimas incluso después de su propia muerte, gracias a sus fieles y asépticos robots, ahora inmóviles donde quiera que estuviesen, pues ya no recibían órdenes.

El obús termonuclear fue a dar contra la entrada de la cueva por la que se introdujera el vehículo utilizado por los robiónicos. El obús estalló con una gran explosión y Xaloy y Ara, que seguían volando gracias a los autocohetes, pretendiendo llegar a lo alto del barranco y escapando del valle, sufrieron el violento empujón de la onda expansiva.

Rodaron sobre la tierra, por encima del barranco, mientras todo el montículo se fragmentaba. La fortaleza se hundió, sepultando los restos de aquella pequeña y tiránica civilización de los Élite.

La tierra semejó temblar y una gran oleada de calor pasó por encima de ellos.

Xaloy y Ara se abrazaron y aguardaron unos minutos que semejaron eternos. Después, todo quedó quieto y ellos se desprendieron de los autocohetes.

—¡Xaloy, Ara! ¿Estáis bien? —preguntó Donato a gritos.

—¡Sí! —respondieron ellos, corriendo cogidos de la mano hacia donde aguardaban sus compañeros.

Las dos parejas miraron hacia el valle y donde había estado el montículo de basalto y la fortaleza, sólo quedaban pedazos de roca, nada que se pudiera identificar.

De su interior, entre las piedras, escapaban columnas de humo; el resto del valle aparecía calcinado.

—Ahora ya no podremos saber más de las momias de Élite.

—¿Las momias? —repitió Donato, ceñudo.

—Ya te explicaré cómo unos seres siguieron esclavizando a otros aun después de su muerte. Ahora, hemos de pensar en nosotros, tenemos que recuperar nuestra civilización y también hemos de amarnos y reproducirnos de forma natural.

—Por supuesto que sí, Xaloy, pero ¿y los robiónicos? —inquirió Donato.

—El poder de los robiónicos ha terminado, ahora trabajaremos

para recuperar nuestro mundo perdido…

Ciñendo la cintura de Ara, la atrajo hacia sí.

Donato le guiñó un ojo a Jora y le susurró al oído:

—Ahora les toca a ellos…

FIN